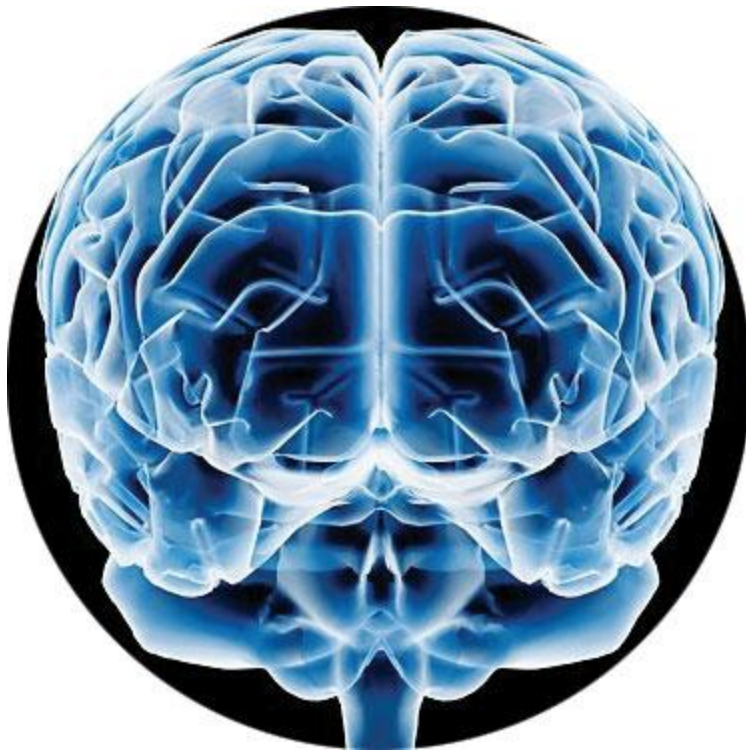




EL TRABAJO MENTAL

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
AGUSTÍN DE MENA Y DEL VALLE

William W. ATKINSON



EL TRABAJO MENTAL

VERSIÓN ESPAÑOLA DE
AGUSTÍN DE MENA Y DEL VALLE

Trascrito por
Eduardo José Peláez Peláez

CAPÍTULO PRIMERO

LA MENTALIDAD INFRACONSCIENTE

La infraconscientividad y las regiones infraconscientes, en la antigua y la moderna psicología. – Definición y aclaración de los términos. – Opiniones varias.

El gran problema de la moderna psicología se basa en una ampliación de los fenómenos de las operaciones y actividades mentales en unas regiones que difieren de las de la ordinaria conscientividad. Mientras la terminología del asunto permanece todavía en un estado de transición, ciertos términos, no obstante, han surgido para incorporarse al lenguaje común y son empleados, por vía de ensayo, por los escritores y los profesores que han hecho objeto de sus estudios la maravillosa región de la mente. Entremezclado con esos términos encontramos el de “infraconscientividad”, que se emplea para designar las regiones de la actividad mental no centrales, o sea las que están por encima y por bajo de la región ordinaria de la conscientividad. En este orden de ideas la palabra “infra” se usa en el sentido de interno, dentro, etc., mientras que su sentido más familiar es la de “debajo”. De aquí que “infraconsciente” signifique una interna conscientividad e incluya las regiones mentales conocidas como “*sub-conscientes*” y “*super-conscientes*”, respectivamente. El término dista de satisfacernos por completo; pero lo usan los psicólogos, por vía de ensayo, y habremos de contentarnos con él hasta que se encuentre otro.

La antigua escuela de psicología desconocía, hasta donde esto es posible, las regiones infraconscientes y los campos de actividad mental, considerando la conscientividad como sinónimo de mente.

Pero el fenómeno de las regiones íntimas de la mentación no podía continuar en el severo rincón donde los psicólogos lo habían relegado, y constantemente se les presentaba, dejándolos perplejos y como si quisiera refutar sus teorías. Y así, poco a poco, se iba admitiendo tácitamente que existía una desconocida e ignorada región mental que fue bautizada al principio con el nombre de “mente inconsciente”, por más que el término fue vigorosamente combatido por muchas autoridades como contradictorio y poco significativo; pero la querrela fue antes por el vocablo que por el hecho en sí.

Los psicólogos que empezaban a usar el término “mente inconsciente” pronto encontraron suficiente autoridad mezclando los nombres de ciertos escritores antiguos, cuyos trabajos consideraban como el fundamento de nuevas teorías, con los de los profesores que ya existían cuando empezó a desenvolverse la concepción de la “mente inconsciente”, naciendo así con el vestido de la ortodoxia científica.

Los interesados dieron como principal argumento el aserto de Leibniz de que existían ciertas actividades en evidencia con ciertas manifestaciones en la “inconsciente”

región mental, y la influencia del antiguo filósofo fue incorporada a la nueva escuela. Como ha dicho Carpenter:

“Los psicólogos de Alemania, desde el tiempo de Leibnitz, han enseñado que muchos de nuestros trabajos mentales se llevan a cabo fuera de la conscientividad”

Sir Guillermo Hamilton añade:

“Al gran filósofo (Leibnitz) pertenece el honor de haber originado esta opinión y de haber proporcionado algunos de los más sólidos argumentos en que se basa.”

Kay dice, por su parte:

“Leibnitz fue el primero en refutar esta opinión (que la conscientividad era coextensiva con la mente) y en establecer la doctrina de que existen energías siempre en acción, que constantemente se modifican en la mente”.

Basando la nueva concepción en Leibnitz y sus adeptos, los psicólogos empiezan a escribir con libertad acerca de la gran “inconsciente” región mental. Pero, en cambio, muchas autoridades en la materia, más conservadoras, lo consideran como una injustificada extensión de las inquietudes psicológicas en un campo que cae propiamente bajo el dominio de la metafísica.

Schofield hace notar:

“A muchos psicólogos – los altos sacerdotes de la religión de la mente – les parece de su deber negar y rechazar toda extensión de la externa conscientividad, pensando en que no pueden contener lo que Ribot llamó “un falso vislumbre”, y de hecho ignoran la existencia de lo inconsciente, sus discípulos, como es natural, siguen sus pasos. Mientras el médico del mismo período se revela en la multiplicación y elaboración de diagnósticos y experimentos, él continúa perdiendo el tiempo atento a su sola fantasía., como esas clínicas médicas que curan las enfermedades, pero no saben diagnosticarlas. ¿Tienen derecho a pedir, los que obran así, que los demás hagan lo propio?”

Sin embargo, podemos encontrar muchas importantes referencias a esta gran “inconsciente” región mental en los escritores que primero se ocuparon de la cuestión en el Siglo XIX, Sir Guillermo Hamilton, Lewes, Carpenter y otros, hablan libremente del asunto y lo consideran como una verdad psicológica. Lewes dice:

“Lo que enseña la más moderna psicología es que la conscientividad forma una pequeña parte en el total del proceso psíquico. Las sensaciones, ideas y juicios inconscientes representan, en cambio, una gran parte de sus explicaciones. Es verdaderamente cierto que en cada volición consciente, en cada acto característico de ella, tiene una amplia intervención el factor inconsciente. Es igualmente cierto que en cada percepción hay un proceso inconsciente de reproducción y de deducción, es decir, una distancia interminable de la subconscientividad y un fondo de inconscientividad.

Oigamos ahora a Hamilton:

“Yo no vacilo en afirmar que aquello de que somos conscientes está edificado sobre aquello de que no somos conscientes; que el conjunto de nuestros conocimientos es, en efecto, el resultado de lo desconocido y de lo incognoscible. La esfera de nuestra conscientividad es únicamente un pequeño círculo en el centro de una lejanísima esfera de acción y pasión, de que sólo tenemos consciencia a través de sus efectos... El hecho de tales latentes modificaciones mentales está a hora establecido fuera de toda duda racional; y, en la suposición de su realidad, somos capaces de resolver diferentes fenómenos psicológicos, que hasta ahora parecían inexplicables.”

Taine ha escrito:

“Los acontecimientos mentales imperceptibles para la consciencia son mucho más numerosos que los otros, y de la infinidad de los que actúan sobre nuestra existencia, sólo percibimos los más salientes, como la iluminada cumbre de una montaña cuya parte baja permaneciese en la obscuridad. La parte inferior está compuesta de las sensaciones ordinarias, es decir, las sensaciones elementales que pueden ser combinadas en grupos al alcance de nuestra consciencia. A excepción de un pequeño círculo luminoso, rodeado a su vez de un amplio anillo de luz crepuscular, más allá de esto existen las sombras de la noche; pero los acontecimientos del crepúsculo y de la noche están en nuestro interior tanto como los del círculo iluminado.”

Maudsley dice:

“Examinad atentamente, y sin preocupaciones, las operaciones mentales ordinarias de la vida cotidiana y descubriréis seguramente que la consciencia no tiene ni la décima parte de las funciones que comúnmente le han sido asignadas... En cada estado consciente hay, como preliminar, un trabajo en el que se desarrollan energías conscientes, subconscientes e infraconscientes, tan indispensables las unas como las otras.”

Kay explica como sigue el fenómeno:

“Cada impresión o pensamiento que ha salido una vez de la consciencia, nunca permanece después fijo en la mente. Nunca más se presentará de nuevo como procedente de la consciencia; pero indudablemente permanecerá en la vasta región ultraconsciente de la mente, moldeando y formando nuestros subsiguientes pensamientos y acciones. Es sólo una pequeña parte de lo que existe en la mente lo que está al alcance de nuestro conocimiento. Y así y todo gran parte de lo que nos figuramos conocer, es sólo de un modo inconsciente. Nosotros podemos ser capaces de traer a la mente aquello que nos convenga y cuando lo deseemos; pero antes y después la mente no tendrá conocimiento de su existencia.”

Morrell expone:

“Nosotros tenemos toda la razón en creer que el poder mental, una vez que ha encontrado la ocasión de manifestarse, es como lo que vemos en el universo material en el

hecho de su perpetuidad. Cada simple esfuerzo de la mente es una creación que nunca puede repetirse en la misma región. Puede dormitar en las profundidades del olvido, como la luz y el calor dormitan entre el rescoldo; pero siempre está atento a cualquier estímulo apropiado para volver a brillar con luz distinta... Lo que llamamos “sentido común” no es otra cosa que un sustratum de experiencias fuera de nuestros juicios corrientes, mientras que las experiencias en sí mismas están ocultas en las profundidades inconscientes de nuestra naturaleza mental; y aun la corriente de opinión pública está formada por ideas que descansan en la mente racional y llegan al interior de la consciencia, generalmente, después de haber realmente moldeado y formado el curso de los acontecimientos en la historia humana.”

Dice Carpenter:

“Ordinariamente, el sentido común en el hombre es el resultado de la inconsciente coordinación de una larga sucesión de pequeñas experiencias, olvidadas la mayor parte de ellas, o quizá no salidas nunca de nuestra consciencia.”

El estudio de la facultad llamada memoria ha llevado a muchos psicólogos de la pasada generación a asumir como una necesidad la existencia de un grande e “inconsciente” depósito en el que todos los recuerdos impresos sobre la mente quedan esperando nuestro llamamiento. Otras ramas de la psicología han forzado a sus investigadores a establecer una gran región de la mente, que descansa fuera del campo de la conscientividad y destinada a la elaboración de ciertos fenómenos. Y así, gradualmente, la idea de la existencia de un campo desconocido e inexplorado de la mente ha podido ser aceptada como ortodoxa por todos, excepto los ultraconservadores, y las investigaciones en este sentido han sido fomentadas en lugar de olvidarlas, como parecía. Y surgiendo del pensamiento la creación de la “mente inconsciente”, encontramos la concepción de que existen distintos estratos, planos o regiones mentales en diferentes estados de conscientividad; que en lugar de existir un *solo* plano de conscientividad, hay *muchos*; que en lugar de haber una “región inconsciente” y una o más regiones adicionales de conscientividad, operando con arreglo a las leyes generales y existiendo como una parte de la conscientividad general, son varias, y cada una tiene sus funciones. Este es el principio de la teoría de la mente dual, o de las mentes múltiples, que ahora examinaremos.

CAPÍTULO II

LA MENTE MULTIPLE

La Mente Dual. – El Subliminal Yo, de Myers. – Palabras de oro de este autor. – La Mente Subjetiva, de Hudson. – La evolución de estas teorías. – Las distintas regiones de la mente y el trabajo de cada una de ellas. – Comentarios finales.

Surgiendo naturalmente de las especulaciones que se refieren a la “mente inconsciente”, encontramos la concepción de la “mente dual”, que ocupa un lugar saliente en la escena de la ciencia psicológica. La idea de una región inconsciente mental evolucionó hacia la concepción de que el individuo está en posesión de *dos mentes*, la una independiente de la otra, y, sin embargo, las dos trabajando juntas en la producción de los fenómenos mentales. Es difícil determinar el origen de esta concepción. Trazas de ella, vagos atisbos pueden encontrarse en muchos de los autores antiguos. Mientras la mayoría de los autores y pensadores del siglo pasado parecen haber tenido una incipiente concepción de la subconsciencia mental como una mente separada, ha habido, sin embargo, dos hombres a los cuales estaba reservado el privilegio de presentar la idea de una forma clara y positiva. Nos referimos a Federico W. L. Myers y Thomson J. Hudson. Ambos establecieron la teoría de una mente dual como base para el correcto conocimiento de los llamados “Fenómenos Psíquicos”, o sea la telepatía, clarividencia, hipnotismo, éxtasis, etc.

Myers desarrolla la idea de que el “Yo” no es sólo una unidad, sino también una coordinación, y que “posee facultades y poderes inactivos y no aprovechables para la conciencia, que encuentran su empleo en los asuntos de la vida cotidiana”, como Bruce lo ha establecido muy bien. En 1887 hizo pública por primera vez la teoría del “Subliminal Yo” como llamó a la mente secundaria u oculta. Desde entonces y con gran frecuencia ha escrito y hablado mucho sobre el asunto, y el año pasado incorporó la teoría completa en la obra titulada “La personalidad humana”, publicada después de muerto él. Myers establece como sigue, en dicha obra, su concepción del “Subliminal Yo”:

“La idea de un umbral de la conscientividad, de un nivel superior, cuya sensación y pensamiento debe levantarse más allá y puede entrar en nuestra vida consciente, es sencilla y familiar. La palabra subliminal – que significa “bajo el umbral” -, ha sido empleada aproximadamente para definir esas sensaciones demasiado vagas y difíciles de ser reconocidas por el individuo. Yo propongo extender la significación del término para designar *todo* aquello que ocupa un lugar bajo el umbral ordinario, o, si lo preferís dicho de otro modo, el ordinario margen de conscientividad, no son esas débiles estimulaciones, sino también las sensaciones, pensamientos y emociones definidas e independientes, pero que, por la originaria constitución de nuestra existencia, rara vez es absorbido por la *supraliminal corriente* de conscientividad que habitualmente identificamos con *nosotros mismos*.”

Percibiendo que esos pensamientos sumergidos y esas emociones posean la característica que nosotros asociamos con la vida consciente, me siento obligado a hablar de una *subliminal* o *ultramarginal* conscientividad, una conscientividad que podemos ver, por ejemplo, pronunciando o escribiendo sentencias abandonadas por complejas e incoherentes. Percibiendo también que en esta vida consciente, bajo el umbral o más allá del margen, no parece que existan los pensamientos discontinuos o intermitentes; que no sólo son esos aislados procesos subliminales comparables a los aislados procesos supraliminales (como cuando un problema es resuelto en sueños por muchos procedimientos desconocidos), sino que es también una continua cadena subliminal de memoria (o más de una que enlaza y hace revivir antiguas impresiones y despierta otras nuevas, que es lo que comúnmente llamamos el “Yo”; por ello debe sernos permitido, y aun es conveniente, hablar del *Subliminal único* o del Subliminal Yo.

Al usar este término no tengo la pretensión de que existan dos correlativas y paralelas personalidades en cada uno de nosotros. Más bien quiero significar que una parte de la personalidad es subliminal. Y concibo que pueda haber, no sólo cooperaciones entre esos dos movimientos casi independientes del pensamiento, sino también levantamientos y alternativas de personalidad de muchas naturalezas, del mismo modo que lo que está debajo en una ocasión puede estar en la superficie en otra, y viceversa. Y concibo también que la Personalidad de que no se tiene conocimiento no sea en realidad más que un fragmento de la amplia Personalidad consciente.”

Quizás a Hudson, más aun que a Myers, es debido el enorme interés que despertó la teoría o concepción de la mente dual. En 1893, en su trabajo titulado “La Ley de los fenómenos físicos”, anunciaba valerosamente su ahora famosa teoría de la “Mente Subjetiva”, acogida primero como una fantasía. La teoría de la “mente dual” de Hudson, la ha establecido claramente el autor, por lo cual nos valdremos de sus propias palabras. Dice en la obra mencionada:

“El hombre parece que tiene dos mentes, cada una dotada de separados y distintos poderes y facultades; cada una capaz, bajo ciertas condiciones, de acción independiente.

“Para llegar al claro conocimiento de este principio, poco importa deducir la conclusión de que el hombre tiene dos mentes o bien una sola en posesión de ciertos atributos y poderes bajo determinadas condiciones y de ciertos otros atributos y poderes bajo otras condiciones. Basta conocer que cada acontecimiento, lo mismo que cada pensamiento, está dotado de una doble organización mental. Sin embargo, ateniéndome a los más correctos raciocinios, he llegado a deducir que el *hombre tiene dos mentes*; y esta deducción, así establecida, en los más amplios términos, es la primera proposición de mi hipótesis. Para mayor claridad he designado a la una como *mente objetiva* y a la otra como *mente subjetiva*.”

En otro capítulo examinaremos detalladamente la teoría de Hudson.

Siguiendo a éste y a Myers han surgido numerosos escritores que han utilizado entusiásticamente la conveniente clasificación de la mente en dos divisiones o “dos mentes”. La nueva teoría ha servido como un excelente argumento para varias teorías que

explican o intentan explicar todas las cosas “del cielo y la tierra”, lo que fue el sueño de la filosofía en todos los tiempos. Algunas de las teorías que se han formado sobre tan amplio fundamento son verdaderamente fantásticas y este hecho ha llevado a algunos pensadores a despreciar el principio fundamental del pensamiento de Myers y Hudson. Este mismo se enajenó un buen número de antiguos admiradores al extender su teoría a los que se consideraba, como campos intangibles de la metafísica y de la teología, tratando de explicar la inmortalidad y la “divina genealogía” por su teoría de la mente dual. Y Myers, por querer identificar su teoría con los fenómenos telepáticos, atrajo sobre su cabeza el adverso criticismo de los psicólogos ortodoxos, así que el valor de su concepción hubo triunfado ampliamente.

Pero, dejando aparte esas y otras influencias, es evidente que mientras los que reconocieron gradualmente el hecho de que la concepción de Myers y de Hudson establecía un excelente propósito de clasificación y conveniencia de pensamiento, ahora la consideran como un primer paso hacia un amplia y más completa teoría. Se ha reconocido que la mente subconsciente, bajo sus varios nombres, apenas si puede ser una y al mismo tiempo asiento de los impulsos emotivos, de vagas sugerencias, ilusiones, etc., y también el asiento de la elevada intuición, verdad espiritual y otras cualidades mentales y espirituales que parecen estar *encima* más bien que *debajo* de la mente ordinaria del hombre.

A este descontento ha contribuido la visita a Europa y América de Vivekananda y otros profesores indios. Esos profesores orientales enseñaron que del mismo modo que hay una *sub*-consciencia bajo la región ordinaria consciente, existe una *super*-consciencia por encima de la región ordinaria. Desde la una emergen las cosas que han sido depositadas en ella por la herencia de raza, sugestión, memoria, etc., mientras que la otra puede dar origen a pensamientos que no provienen de ninguna de aquellas causas, sino que han sido impuestos desde las elevadas regiones del alma. Esas nuevas ideas anuncian ya la posibilidad de las “tres mentes”, concepción que ofrece ventajas sobre la teoría de las “dos mentes”.

A consecuencia de esto, vino una reconciliación en los escritos de varios investigadores y profesores, estableciendo que la mente del hombre se *compone de varias* regiones, unas *más altas* y otras *más bajas* que la ordinaria de conscientividad. En resumen, el más avanzado pensamiento actual sobre el asunto es que la mente del hombre se compone de varias regiones de mentación en las que se manifiestan los fenómenos de subconscientividad y superconscientividad en las más variadas gradaciones. Y la mente de millares de activos investigadores está ahora explorando ansiosamente esas vastas y desconocidas regiones mentales.

Sir Oliver Lodge ha expresado bella y perspicazmente la más elevada concepción de las varias regiones de la humana mente en este bien conocido párrafo:

“Imaginad un témpano glorificándose en su quebradiza solidez y centelleando en su cumbre; no habrá nadie que no piense en la parte sumergida o base, o en el salino líquido sobre el cual se levanta y en que un día u otro puede dar una vuelta y mostrar lo que estaba oculto. O, invirtiendo la metáfora, podemos comparar nuestro presente estado al casco de un barco sumergido en un sombrío océano, cruzado por numerosos monstruos, impulsado

ciegamente a través del espacio; orgulloso, quizá, de haber acumulado bellos objetos que sólo le sirven ahora de obstáculo; conociendo sólo su destino por los golpes contra los muros del puerto; sin noción de la cubierta ni de los camarotes, sin velas ni arboladura, sin pensamiento de sextante ni brújula, y el capitán sin poder ver la cerrazón del lejano horizonte; sin una visión de los objetos delante de la proa, sin poder evitar los peligros, sin saber a qué puerto ha de arribar, sin conocer la existencia de otros buques más que por el contacto, y con una región a la cual no llega la luz del sol, sin noción de espacio o percepción o inteligencia completamente inaccesible bajo la línea de flotación.”

El Doctor Schofield pinta también con colores bellísimos el mismo pensamiento, y sus palabras pueden considerarse en conexión con el párrafo de Sir Oliver Lodge que acabamos de reproducir.

He aquí las palabras de Schofield:

“Nuestra mente consciente, en comparación con la inconsciente, es semejante al espectro visible de los rayos solares, en comparación con la parte invisible que se dilata indefinidamente en cualquier sentido. Nosotros sabemos ahora que la parte principal de la cabeza es como los rayos ultrarrojos que no muestran su luz; y la mayor parte de los cambios químicos en el mundo vegetal son el resultado de los rayos ultravioletas y otros extremos del espectro que son igualmente invisibles y que sólo se conocen por sus potentes efectos. Verdaderamente, así como los rayos visibles se extienden indefinidamente a ambos lados del espectro visible, nosotros podemos decir que la mente no sólo incluye la parte visible o consciente, sino también lo que hemos llamado subconsciente, que cae bajo la línea roja, y además la mente supraconsciente, que descansa sobre el otro extremo; todas esas regiones elevadas del alma y de la vida espiritual de las que sólo tenemos una vaga conciencia, pero que siempre han existido para conducirnos a la verdad eterna.”

Demostrado el hecho de que existen regiones *superiores*, del mismo modo que regiones *inferiores* (y también, probablemente, regiones *paralelas*) en nuestra ordinaria conciencia, permitidnos ahora que procedamos a considerar lo que ha sido reunido por varios investigadores con respecto a esas extrañas regiones de la Personalidad. Permitid que examinemos los distintos informes para formular una *teoría*; permitid que examinemos las diferentes tesis y antítesis que intentamos sintetizar.

CAPÍTULO III

LA “MENTE SUBJETIVA” DE HUDSON

La Mente Subjetiva y los Fenómenos Psíquicos. – Mente Objetiva y Mente Subjetiva: Su distinta actuación. – El estado natural y el estado hipnótico del hombre.

Hudson, en su concepción de la “mente subjetiva”, no sólo ha postulado la existencia de una región de mentalidad o de una “mente” en la que se representan las actividades subconscientes reconocidas por los antiguos psicólogos, sino que ha establecido también que en esta mente se manifiestan las más desusadas y anormales actividades, que son generalmente agrupadas con la denominación común de “Fenómenos Psíquicos”.

En efecto, esta explicación de los fenómenos físicos por la teoría o hipótesis de la mente subjetiva, ha sido el propósito saliente y la línea fundamental de su obra más importante, como lo indica su título de “La Ley de los fenómenos psíquicos”.

A fin de conocer el aspecto general de la mente subconsciente y sus fenómenos, es necesario considerar la idea general de su aserto, porque ha ejercido una influencia marcada sobre los escritores que se han ocupado de la materia.

Hudson anticipa como una hipótesis la proposición general de la *doble mente*. El establecimiento de esta dualidad mental y el llamar a sus fases mente *objetiva* y *subjetiva*, respectivamente, es la primera proposición de esta hipótesis. Y, entonces, procede como sigue:

“La segunda proposición es que la mente subjetiva *es constantemente susceptible de vigilancia por la sugestión*. La tercera, o subsidiaria proposición, es que la mente subjetiva *es incapaz de un raciocinio inductivo*.”

Después de explicar el uso que hace de los términos mente objetiva y mente subjetiva, a cuyo empleo se oponían los antiguos psicólogos, despertando, por tanto, una viva oposición, Hudson agrega:

“En términos generales, la diferencia entre las dos mentes del hombre puede establecerse como sigue: La mente objetiva recoge los conocimientos del mundo objetivo. Sus medios de observación son los cinco sentidos corporales. Es el estímulo de las necesidades físicas del hombre. Es su guía en la lucha con la materia que le rodea. La más elevada función de raciocinio. La mente subjetiva recoge el conocimiento de las cosas por medios independientes de los sentidos físicos. Percibe por intuición. Es la sede de las emociones y el depósito de la memoria. Representa las más elevadas funciones cuando los sentidos objetivos están en expectación. En una palabra, es aquella inteligencia que se

manifiesta en un sujeto hipnótico, cuando se encuentra en estado de sonambulismo. En ese estado, se representan las formas más extraordinarias de la mente subjetiva. Se ve sin los órganos naturales de la visión, y en este, como en otros muchos grados o graduaciones del estado hipnótico, se puede, aparentemente, separar el cuerpo, viajar por países lejanos, aguzar la inteligencia y mostrar frecuentemente el más exacto y verídico carácter. También tiene el poder de adivinar los pensamientos de los demás, hasta en los menores detalles; de adivinar el contenido de un sobre o de un libro cerrados. En resumen, es la mente subjetiva la que posee lo que popularmente se designa como el poder clarividente y la habilidad de apoderarse del pensamiento de los demás in los ordinarios medios de comunicación. En cuanto al hecho, lo que yo designo como la mente subjetiva aparece ser una separada y distinta entidad; y la esencial y distintiva diferencia entre las dos mentes parece consistir en el hecho de que la mente objetiva es meramente la función del cerebro físico, mientras que la mente subjetiva es una entidad distinta que posee poderes y funciones independientes, con una organización mental propia y capaz de existir independientemente del cuerpo. En otras palabras, *es el alma.*”

Después de haber hecho la asombrosa afirmación de que la mente subjetiva no es sólo una entidad separada, sino que en efecto, es el alma, El Dr. Hudson procede al examen de su segunda proposición, esto es, que la mente subjetiva es constantemente susceptible de vigilancia por la sugestión. He aquí como argumenta:

“1. Que la mente objetiva, o, si así lo preferís, el hombre en su condición natural, no está sujeto al *control* contra el raciocinio, el conocimiento positivo o por la evidencia de sus sentidos, por las sugestiones de otros.

2. Que la mente subjetiva, o el hombre en estado hipnótico, es susceptible al poder de sugestión. Esto quiere decir que la mente subjetiva acepta sin vacilación ni duda todas las afirmaciones que se le hacen, no importando que se trate de una materia absurda o incongruente o contraria a la experiencia objetiva del individuo...

Estos son hechos fundamentales, conocidos o susceptibles del conocimiento por todos los estudiantes de hipnotismo.”

Nosotros, podemos decir, de paso, que la afirmación de los “hechos fundamentales conocidos o susceptibles de ser conocidos por todos los estudiantes de hipnotismo”, es ahora vigorosamente combatida por muchas de las principales autoridades del hipnotismo. Mientras que es verdad que en ciertos estados de hipnotismo el profundo extracto de la región subconsciente mental está abierto, es asimismo verdad que la sugestión no depende del estado hipnótico, sino que, al contrario, se manifiesta en el estado de vigilia. Igualmente, la afirmación del Doctor Hudson de que la “mente objetiva” no es controlable... por las sugestiones de los demás, no es tampoco aceptada como correcta por eminentes autoridades en sugestión; porque ellos conocen que la mente objetiva es susceptible de sugestión y que muchos de los fenómenos de sugestión se manifiestan en esta región de la mente. De todos modos, es verdad que muchas de las diferencias de opinión parecen surgir de la confusión de términos y de la definición de la “sugestión”. Además, la teoría del Dr. Hudson no es seriamente afectada por aquella objeción y el valor de su clasificación no disminuye por ella.

Procede luego el Dr. Hudson a explicar otra de las características de la mente subjetiva, su tercera proposición. Y dice:

“Una de las más importantes distinciones entre la mente objetiva y la subjetiva, pertenece a la función del raciocinio:

“1. La mente objetiva es capaz de razonar por todos los medios; inductivo y deductivo, analítico y sintético.

2. La mente subjetiva es incapaz del raciocinio inductivo. Permitid ahora que os diga que esta proposición se refiere puramente a los poderes y funciones de la mente subjetiva como demostración de las operaciones mentales de una persona en profundo estado hipnótico.

“Los prodigiosos ejemplos intelectuales de una persona en ese estado han sido siempre una causa de asombro; pero las impresionantes peculiaridades que más arriba hacemos notar quedan relegadas a segundo término ante la admiración producida por otras cualidades...

“La mente subjetiva nunca clasifica una serie de hechos conocidos y razona, por tanto, sobre principios generales; pero, actuando desde un principio general, puede razonar deductivamente hasta llegar a la más legítima conclusión, con un poder y una claridad maravillosos. Colocad a un hombre de inteligencia cultivada en estado hipnótico y sometedle una premisa, dicha en forma de conclusión, de un principio filosófico; aunque la materia no haya sido objeto de sus pensamientos en estado normal, le veréis obedecer al poder hipnótico, y sin vacilación, asumir la más correcta de las proposiciones; y si se presenta la oportunidad de discutir la cuestión, procederá también a deducir los detalles de un sistema completo de filosofía. Cada conclusión puede ser clara y lógicamente deducible, de tal modo que el oyente quedará asombrado.”

El Dr. Hudson pretende también que la mente subjetiva posee una “memoria prodigiosa”

He aquí sus conclusiones:

“Sería, quizá, temerario decir que la memoria de la mente subjetiva es perfecta; pero nos parece un principio sólido creer que tal proposición puede ser substancialmente verdad”.

Más adelante establece también que “la irresistible conclusión es que cuando el alma puede desatarse enteramente de los lazos de la pasión, sus poderes pueden llegar a la perfección y su memoria ser absoluta... La memoria subjetiva parece ser la única clase o calidad de memoria que merece esta apelación. La memoria de la mente objetiva, comparativamente hablando, es más propiamente nominada recuerdo.”

En dicha obra trata de establecer el Dr. Hudson la Inmortalidad del Alma por su teoría de la mente subjetiva, que últimamente identifica con el alma. Intenta establecer también la Divina Genealogía del Hombre por la misma teoría, juzgando que los atributos y características de Dios pueden ser prácticamente aquellas que la mente subjetiva eleva hacia el infinito. Muchos de los más ardientes admiradores del Dr. Hudson expresan la opinión de que ha llevado la idea demasiado lejos, pues luego de asumir la premisa llega a la más extrema de las conclusiones. Nosotros no discutiremos esa cuestión, que no forma parte del asunto que queremos considerar.

Muchas de las más eminentes autoridades actuales, mientras que otorgan al Dr. Hudson los más calurosos elogios por su valioso trabajo de clasificación y presentación en lo que se refiere a ciertas facultades, opinan, en cambio, que sin necesidad de considerar la mente subjetiva como una entidad separada, puede existir igualmente el *alma*. Estos creen que ha sido una equivocación el confrontar los fenómenos de muchas alejadas regiones o fases mentales, superiores o inferiores, y el agruparlos juntos como cualidades de una entidad separada distinta de la mente objetiva. La tendencia del último y más avanzado pensamiento sobre el asunto, es que no sólo las varias regiones subconscientes y superconscientes de la mente, sino que también la llamada mente objetiva misma, son fases o regiones de manifestación de una mente del individuo. Es evidente que si separamos las varias regiones de manifestación mental dentro de una entidad separada, tendremos no *dos mentes*, sino *varias mentes*.

Pero, como ya hemos dicho, el trabajo del Doctor Hudson es altamente estimado, aunque sus conclusiones no sean generalmente aceptadas o adoptadas. De todos modos a él se debe que los modernos escritos hayan popularizado la idea de la mente subconsciente y sus fenómenos.

CAPÍTULO IV

CEREBRACIÓN INCONSCIENTE

El alma actúa sin consciencia de que lo hace. – Opiniones en apoyo de esta afirmación. – Ejemplos valiosos. – La mentación inconsciente puede ser dirigida. – El sueño, auxiliar de las facultades subconscientes. – Cómo se desarrollan estas facultades.

Quizá las regiones infraconscientes de mentación puedan conocerse mejor por la observación directa de sus fenómenos que por la consideración de cada una de las teorías que a ellos se refieren. Por tal razón dedicaremos considerable espacio en este libro a la presentación de ejemplos de la actividad de esas regiones.

Carpenter llama la atención sobre el común experimento de la subconsciente mentación e ilustra el hecho con el caso de un amigo suyo que pasó largo tiempo buscando la solución de un problema, sin ningún éxito.

Un día, repentinamente, la solución se presentó como un relámpago en su cerebro, y tan completa y tan inesperada, que se quedó temblando, como si en presencia de otros le hubiesen comunicado un secreto gravísimo.

Rosmini dice de la acción de la mente:

“Una cuidadosa atención, reforzada por la correspondiente inducción, puede dar el resultado, aun cuando nos formemos el raciocinio de que tenemos consciencia de un punto determinado, de proporcionarnos la consecuencia que buscamos sin darnos cuenta; porque cada operación cualquiera de nuestra mente es desconocida de la misma hasta que una segunda operación se la revela.”

Noah Porter añade:

“Ha quedado establecido ya que el Alma puede actuar sin consciencia de que lo hace y que esos actos inconscientes afectan a aquellos de los cuales se tiene consciencia.”

Wundt dice:

“Los procesos lógicos inconscientes son conducidos hacia nosotros con una certeza y una regularidad que hacen imposible la posibilidad de un error. Nuestra mente es así felizmente habilitada y prepara para nosotros el más importante fundamento de conocimiento, mientras nosotros no tenemos ni la más remota idea del *modus operandi*. Esta alma inconsciente, parecida a un duende benévolo, trabaja y hace provisión para nuestro beneficio, poniendo solamente los frutos maduros al alcance de nuestra mano.”

Bascom se expresa como sigue:

“Son inexplicables las premisas que descansan sobre nuestra conscientividad y que sustentan conclusiones inconscientes; es inexplicable que la mente pueda hacer un movimiento hacia un estado adelantado sin conocer previamente el primer paso.”

Maudsley dice:

“Es sorprendente que el bienestar moral de la persona pueda producirlo la obscura idea de que alguien le ha podido sugerir y que, sin embargo, nunca llega a darse cuenta de ello. Es el esfuerzo de una idea perdida en el interior de la consciencia que pugna por abrirse paso y actuar.”

Oliver Wendell Holmes dice:

“Allí hay pensamientos que nunca emergen de la consciencia y que, sin embargo, dejan sentir su influencia sobre la corriente perceptiva mental, del mismo modo que un planeta invisible gobierna los movimientos de uno conocido... He hablado de un hombre de negocios de Boston que había obrado y pensado demasiado acerca de un importante asunto, y sin embargo en su cerebro no se presentaba ni una partícula de luz. Después de muchas horas de tortura mental y cuando ya se disponía a abandonar la fatigosa idea, se le presentó la solución natural y sin esfuerzo alguno.”

Schofield dice:

“El año pasado, el que esto escribe se encontraba en Phillimore Gardens y desde allí dirigió unas cartas a unos amigos. Salí a dar un paseo y por el camino se apoderó de mí un vago presentimiento y me pareció que una voz me decía: “Seguramente te has olvidado esas cartas.” La razón consciente rechazó la idea y aseveró: “Desde luego las tengo, estoy seguro de que las he tomado.” El vago sentimiento, que cada vez se hacía más concreto, no estaba satisfecho, pero no podía replicar. Al llegar al Correo me encontré con que las cartas no estaban en mis bolsillos. Regresé al hotel y las vi encima de la mesa del hall, donde seguramente las había colocado mientras me ponía los guantes.”

Kirchener habla en estos términos:

“Nuestra conscientividad sólo puede concebir una idea completamente clara una vez. Todas las demás ideas permanecen en la oscuridad. En realidad existen, pero sólo potencialmente para la conscientividad; es decir, revolotean a nuestro alrededor, en nuestro horizonte o bajo el umbral de nuestra conscientividad. El hecho de que ideas ya pasadas vuelvan a la conscientividad, se explica simplemente por la razón de que hemos continuado su existencia psíquica; y la atención es a veces voluntaria o involuntariamente dirigida del pasado al presente, con lo que se hace posible la reaparición de ideas olvidadas. Nuestras diferentes ideas son peldaños; los vamos subiendo maquinalmente, sin darnos cuenta, y sin embargo llegamos a lo más alto. Nosotros (nuestra propia conscientividad) no podemos dar un paso. El espíritu creador e informador, que está *en* nosotros y *no es* nuestro, reconoce cada cosa en la vida real. Es como una voz que nos llegase al corazón y nos dijera que

podemos creer; él forma nuestro juicio e invita al visitante a que elija nuestro cerebro como morada.”

Montgomery se expresa del modo siguiente:

“Constantemente estamos experimentando que los sentimientos emergen sin ser solicitados por un estado mental previo, directamente desde el oscuro seno de la inconscientividad. Verdaderamente, todos nuestros más arraigados sentimientos se derivan de esta manera místicamente. A veces un nuevo pensamiento inesperado, incongruente y desagradable se presenta en nuestra conscientividad. Algún inescrutable poder es la causa de la presencia mental como un constituyente sensorial.”

Dice Brodie:

“Frecuentemente me ha ocurrido haber acumulado una serie de hechos, pero más adelante no he sido apto para hacer uso de ellos. Entonces, después de un intervalo de tiempo, he encontrado que la obscuridad y confusión se han transformado en claridad; los hechos han sido colocados en el lugar correspondiente, mientras que el pensamiento no se ha dado cuenta de haber hecho algún esfuerzo para este fin.”

Hartmann dice:

“Lo que Schopenhauer, denomina “rumiación inconsciente”, se produce regularmente cuando emprendo un trabajo que presenta nuevos puntos de vista esencialmente opuestos a mi opinión previa... Después de días, semanas, meses, encontramos, con gran asombro, que nuestras antiguas opiniones desaparecen por completo, siendo ocupado su lugar por otras nuevas. Este proceso mental de digestión y asimilación lo he comprobado muchas veces en mí mismo.”

Wadstein afirma:

“La mente recibe de la experiencia cierto dato que efectúa su elaboración a través de la inconscientividad por las leyes que son peculiares, hasta que el resultado aparece en la conscientividad.

Holmes se refiere:

“Sir W. Halminton descubrió los cuaterniones el 15 de octubre de 1843. Aquel día salió de su Observatorio de Dublín para ir de paseo con Lady Hamilton, cuando, al llegar al puente, “sintió el círculo galvánico del pensamiento concreto”, o sea las relaciones fundamentales entre i, j, k , exactamente como después se han seguido usando siempre.”

Dice Thompson:

“Algunas veces he tenido la sensación de la inutilidad de todo esfuerzo voluntario y al mismo tiempo de que el pensamiento iba trabajando de un modo claro en mi mente. En muchas ocasiones me ha parecido que yo no era en realidad más que un instrumento pasivo

en manos de otra persona que no fuese yo mismo. A fin de esperar el resultado de estos inconscientes procesos, he adquirido el hábito de reunir los materiales por anticipado, y sólo cuando se ha operado la digestión he comenzado mi trabajo. En el caso de mi “Sistema de Psicología”, aplacé por un mes el escribirlo; pero cada vez tenía una noción más clara de él. Así, sin querer ocuparme de mi libro, éste se iba elaborando lentamente en mi cerebro de modo que, cuando comencé a trasladarlo a las cuartillas, estaba tan posesionado de la materia hasta en sus menores detalles, que acabé mi trabajo sin el menor esfuerzo. Esta es sólo una muestra de numerosos experimentos... Al escribir este libro yo hubiera sido incapaz de fijar mi conocimiento sobre un asunto durante días y semanas si la mente inconsciente no hubiese ido guardando en sus misteriosas regiones todas mis ideas.”

De Mozart son estas palabras:

“Yo no puedo decir realmente cómo hago mis composiciones. Mis ideas fluyen, pero tampoco podría decir cómo ni cuándo. No oigo en mi imaginación las partes sucesivamente, sino que oigo el conjunto tal como es y todo de una vez. Lo demás es meramente cuestión de reproducir lo que he oído.”

Un escritor ha dicho del gran químico francés Berthelot, el fundador de la Química Sintética:

“Algunos de sus íntimos sabe, porque él lo ha dicho, que los experimentos que le han conducido a muchos de sus maravillosos descubrimientos, no son el resultado de una cuidadosa ilación del pensamiento o de un simple proceso del raciocinio, sino que, por el contrario, han salido de sí mismos, por así decirlo, como si descendiesen de las claras regiones etéreas.”

Todos los investigadores de la región subconsciente mental han sido impresionados por la facilidad con que las facultades subconscientes pueden ser dirigidas a representar las fases más laboriosas de nuestro pensamiento. Por ciertos métodos de autosugestión, las facultades subconscientes pueden ser encaminadas a resolver los más arduos problemas exteriores, y entonces el resultado se presentará en el campo de la conscientividad. En un corto espacio de tiempo esas facultades se acostumbrarán al proceso y aceptarán de buena gana la labor que se las haya designado. Muchos hombres de negocios han adquirido sin darse cuenta el hábito de la “rumiación inconsciente”, y gran parte de su digestión mental se ha cumplido en este sentido, siendo el resultado que fuesen capaces de llevar a cabo lo que les parecía un trabajo mental imposible; esto se explica porque, en tal caso, aun cuando el hombre no lo advierta, la mente subconsciente trabaja sin cesar.

Stevenson contaba a sus amigos íntimos que había tomado a su mentalidad subconsciente, en su fase de ensueño, muchos de los incidentes e ideas contenidos en sus encantadores libros. El mismo ha escrito respecto a la materia lo que sigue:

“¡Mis duendes! ¡Dios los bendiga! Ellos me hacen la mitad del trabajo cuando duermo y se ocupan de todos los menudos quehaceres, cuando estoy despierto, por más que yo suponga que son obra mía. Así, yo he podido transcribir íntegramente al papel libros que había soñado. Por ejemplo, después de haberme preocupado por espacio de dos días, la

segunda noche soñé con todos sus detalles la escena del Dr. Jekyll y de Mr. Hyde junto al balcón. Nada escapó en mi sueño: el lugar, las personas, el ambiente y hasta las palabras. A la mañana siguiente no tuve más que sentarme a la mesa y la escena fluyó sin un entorpecimiento de mi pluma.”

Abercombrie dice:

“Un distinguido abogado había estudiado una causa muy importante por espacio de muchos días. Una noche, su esposa se levantó de la cama, se sentó a la mesa y escribió un pliego de papel que guardó en su pupitre. A la mañana siguiente, dijo a su marido que había tenido un sueño muy interesante, durante el cual se le había presentado una clara y luminosa opinión sobre el asunto que tanto le preocupaba, y dirigiéndose a su escritorio tomó el papel que depositara allí durante la noche y que, efectivamente, contenía una solución completa del caso.”

Lord Kames manifiesta:

“Existen varias interesantes operaciones de las que no tenemos consciencia y de las que, sin embargo, conocemos los efectos. Frecuentemente me voy a la cama con una confusa noción de lo que he estudiado durante el día, y cuando me despierto por la mañana domino por completo el asunto.”

Schofield presenta lo que él llama “un notable ejemplo de acción motriz durante el sueño de una sobrina mía de trece años el verano pasado.

“Hacía muchos días que ensayaba un pasaje muy difícil de una sonata, a decir verdad con muy poco éxito. Una noche su madre, que dormía con ella, se despertó al sentir unos dedos sobre su cara. La madre interrogó a la hija, pero ésta se hallaba sumida en un profundo sueño y mientras tanto golpeaba incesantemente con los dedos la cara de su madre. Al día siguiente, con gran extrañeza de todos, ejecutó perfectamente al piano el pasaje en cuestión.”

Schofield cuenta que Coleridge dijo una vez que había soñado su “Kubla Khan” mientras dormía una ligera siesta, y al despertar lo escribió línea tras línea sin el menor esfuerzo.

Hudson menciona el mismo hecho, dando en cada caso una ligera explicación:

“Muchos de los sueños de Coleridge, dice, proporcionan un sorprendente ejemplo del dominio de lo subjetivo en la poesía. Sus lectores recordarán el célebre fragmento titulado “Kubla Khan” o “Una visión en un sueño” que empieza así:

“En Xanadu, Kubla Khan construyó un magnífico palacio sobre el Alph, el sagrado río que corre entre cavernas inconmensurables para el hombre, y a las cuales no llega nunca la luz del sol.”

Es desgraciadamente cierto que la condición subjetiva fue provocada en este caso por medios artificiales, y en el prefacio de “Kubla Khan” se hace constar que este fragmento fue escrito bajo la influencia de un estimulante.

De todos modos, como ejemplo del principio que examinamos, no pierde nada de su valor.

Mientras que las antiguas escuelas de psicología indican claramente que no creen gran cosa en la posibilidad de la cerebración inconsciente, como ha podido verse por algunos de los citados hechos en este capítulo enumerados, la Nueva Psicología la ha aceptado precisamente como una de sus mayores triunfos y concede gran importancia a las actividades subconscientes, considerándolas como un método que puede ser capaz no sólo de despertar nuestras facultades subconscientes, sino también de dirigirlas en determinadas orientaciones. El que desconozca las leyes de la sugestión en su fase de autosugestión no podrá aprovechar ninguna de las actividades de los “duendes”, como ha calificado Stevenson a los trabajos subconscientes de la mente.

En el volumen de esta serie titulado “Las Fuerzas Ocultas” hemos explicado detalladamente el proceso y método que pueden ser empleados con éxito en el sentido de orientar nuestra atención hacia las asombrosas actividades de la mente subconsciente, en lugar de considerarlas sólo como un curioso fenómeno de psicología. No podemos intentar abarcar por completo la fase del asunto en este libro, debido a que tiene ya su propio campo de desarrollo, y además, habríamos de limitarnos a repetir lo que ya hemos dicho en otro lugar. De todos modos, tenemos nuestro pensamiento propio acerca del asunto y a él nos remitimos.

CAPÍTULO V

UN EJEMPLO NOTABLE

Pasmoso ejemplo de mentación inconsciente.- El niño prodigio. – Maravilloso calculador a los siete años, sin ningún conocimiento matemático. – La influencia del estudio. – El portentoso repentizador se convierte en un vulgar estudiante.

Entre los más célebres ejemplos encontrados en los anales de los trabajos psicológicos, llama la atención el del prodigioso matemático Zerah Colburn, cuyas hazañas constituyen un caso típico y casi único en los dominios de la subconsciencia. Este caso es tan extraordinario y aparecen tan claras en él las características de la mentación subconsciente, que preferimos, mejor que relatarlo nosotros, transcribir lo que apareció en una publicación inglesa muy conservadora, el *Annual Register* de 1912. He aquí lo que dice:

“Desde hace poco la atención del mundo filosófico está completamente absorbida por el más singular fenómeno en la historia de la mente que quizá haya nunca existido. Se trata de un niño, de *menos de ocho años de edad*, que, sin conocimiento alguno de las más elementales reglas de la aritmética, y sin haber demostrado nunca la menor atención por la materia, posee, como por intuición, la singular facultad de resolver una gran variedad de problemas aritméticos por una sencilla operación mental y sin ayuda alguna de ningún factor externo. El nombre de este niño es Zerah Colburn y nació en Cabur (una ciudad situada a orillas del río Onion, en Vermont, Estados Unidos de América) el 1 de septiembre de 1894. Hace unos dos años (Agosto de 1910), *cuando aún no había cumplido los seis*, demostró por primera vez sus maravillosas facultades de cálculo y desde entonces ha atraído incesantemente la atención y excitado la admiración de cada una de las personas que han presenciado sus habilidades. El que fuesen descubiertas sus aptitudes se debió a una casualidad:

Su padre, que no tenía otra instrucción que la adquirida en una escuela elemental establecida en lugar remoto de la comarca, y que nunca escribía ninguna cifra, se quedó un día muy sorprendido al ver cómo el niño repentizaba los productos de varios números. Impresionado por lo asombroso del caso, le propuso una variedad de problemas aritméticos, que el niño resolvió con notable facilidad y corrección. Pronto circulo el caso del niño prodigio por los alrededores y muchas personas llegaron de distantes lugares para cerciorarse de la certeza de lo que se decía.

El padre, animado por la opinión unánime de cuantos presenciaron los prodigios de su hijo, decidió hacer un viaje por toda la nación. En todas partes fueron recibidos con las más halagüeñas demostraciones y en muchas ciudades de las que visitaron se ofrecieron no pocas personas para encargarse de la educación del pequeño matemático. Cediendo a las

cariñosas instancias de los amigos e impulsado por respetables y poderosas recomendaciones, así como por el deseo legítimo de dar una educación más completa a su hijo, decidió llevarlo a Inglaterra el día 12 de Mayo pasado, y los habitantes de Londres han tenido oportunidad, en los últimos tres meses, de ver y examinar este maravilloso fenómeno y de comprobar la certeza de los rumores que acerca de él habían circulado. Muchas personas eminentes por su conocimiento de las matemáticas y bien conocidas por sus investigaciones filosóficas han tenido ocasión de verle y hablar con él y se han quedado absortas ante sus extraordinarias facultades.

Estas personas han podido comprobar que no sólo establece con la mayor facilidad y rapidez el número exacto de segundos o minutos de un período de tiempo determinado, sino que también resuelve otros problemas de índole parecida. Puede decir el producto exacto de la multiplicación de cada cifra de dos o más números por otra igual, y descompone con la mayor facilidad un resultado determinando todos los factores que entran en él.

Por consiguiente, esta singular facultad no sólo se extiende a la elevación de potencias, sino a la extracción de la raíz cuadrada y cúbica del número propuesto, e igualmente a los medios de determinar cuándo es un número primo o indivisible por otro número; todas éstas y una variedad de preguntas similares son contestadas por este niño con una rapidez y exactitud que deja pasmadas a las personas que lo presencian.

En una reunión de amigos que se había convocado con el propósito de concertar el mejor método para secundar los planes del padre, el niño resolvió completa y sucesivamente la elevación del número 8 progresivamente hasta la sexagésima potencia.

El resultado de la última operación fue de: 281.474,710.6561. Luego se escogió otros números de una sola cifra, todos los cuales fueron elevados (no de memoria sino por medio de la multiplicación corriente) a la décima potencia, y la operación duró mucho más tiempo y fue más difícil que las que había hecho mentalmente para resolver las anteriores. Por lo que respecta a cantidades de dos cifras, elevó muchas de ellas a la sexta, séptima y novena potencia, pero no siempre con igual facilidad. Preguntado por la raíz cuadrada de 106.929, y luego por el número que podría escribirse debajo, contestó prontamente: "327". Entonces se le pidió la raíz cúbica de 260.226.125, y con la misma facilidad y prontitud contestó 645. Otras varias preguntas, relativas a las raíces y potencias de números verdaderamente elevados, le fueron hechas por personas allí presentes, y a todas contestó del mismo modo. Una de ellas le preguntó que factores eran necesarios para producir el número 247.483, e inmediatamente contestó que 941 y 263, que, efectivamente, son las únicas cantidades que pueden producirlo. Otra persona le propuso el número 171.395, y él enumeró los siguientes factores: 5 x 34.279, 7 x 24.485, 59 x 2.905, 83 x 2.065, 35 x 4.897, 295 x 581 y 413 415.

Le preguntaron luego por los factores de 36.083; pero en el acto replicó que no los tenía; en efecto, el 36.083 es un número primo. Se le propuso indistintamente otros números, y siempre dio los factores exactos, excepto en el caso de los números primos, que también descubría en el acto.

Uno de los caballeros allí presentes le preguntó cuántos minutos había en 48 años, y antes de que la cantidad hubiese sido escrita contestó que 25.228.800 minutos, y añadió casi inmediatamente que el número de segundos del mismo período de tiempo era de 1.513.728.000. A otras personas semejantes que le hicieron contestó con igual facilidad y prontitud, hasta el punto de asombrar a uno de los presentes, que manifestó el deseo de desarrollar aún más, si era posible, aquellas facultades y hacerlas útiles. Ante las manifestaciones de aquel caballero, que quería además conocer el método del niño, el mismo le hizo algunas preguntas muy difíciles, que contestó con la corrección y prontitud acostumbradas; pero le fue imposible averiguar el procedimiento de que se valía para ello. Lo único que declaró insistentemente, y las observaciones hechas sobre el asunto parecen corroborar su aserto, es que no se daba cuenta de lo que contestaba.

En el acto de multiplicar dos números juntos y en el de la elevación a potencias, era evidente, no sólo el movimiento de sus labios, sino también la noción del esfuerzo mental, aunque rapidísimo y, sin embargo, la operación, dada la prontitud con que contestaba, no podía hacerse por ninguno de los procedimientos usuales, además de que ignoraba por completo las más elementales reglas de la aritmética y no podía representar en el papel una simple multiplicación o división. Pero en la extracción de raíces y el mencionar los factores de una elevada cantidad, no parecía que hiciera la más insignificante operación, puesto que contestaba en el acto o al cabo de un corto número de segundos, cosa que requería por el método ordinario de solución una verdadera dificultad o laborioso cálculo; y, además, el conocimiento de un número primo no puede adquirirse por ninguna regla conocida.

Debe ser evidente, puesto que así se ha establecido, que la singular facultad que ese niño posee no depende en absoluto de su memoria. En la multiplicación de números y en la elevación de potencias está, sin duda, asistido considerablemente por su notable condición mental; y a este respecto puede considerársele cierta semejanza (si la diferencia de edad no previniese contra la exactitud de la observación) con el célebre Jedidiah Buxton y otras personalidades por el estilo. Pero en la extracción de raíces y en la determinación de factores, sea como quiera, está claro, para todos los que han visto la asombrosa presteza y exactitud del niño, que la memoria no interviene para nada en el proceso. Y en este punto particular consiste la notable diferencia entre el presente y todos los demás casos parecidos.”

Es interesante hacer notar la consecuencia de lo que acabamos de transcribir. Zerah Colburn ingresó en un colegio y comenzó a hacer los estudios regulares de matemáticas. Se creía que por este medio su proceso mental podría ser sistematizado y que más adelante sería capaz de establecer un nuevo método para efectuar cálculos mentales, con lo que resultaría un gran beneficio para la humanidad. Pero, como en tantos otros casos, su notable poder fue decreciendo a medida que se le educaba en los métodos ordinarios de matemáticas, y finalmente lo dejó casi por completo, para no ser más que uno de tantos estudiantes. Las puertas de su cámara interna se habían cerrado y ya no sabía resolver sus cálculos más que por los medios ordinarios.

CAPÍTULO VI

LA MEMORIA SUBCONSCIENTE

La memoria es una manifestación de la actividad y poder subconsciente mental. – Las impresiones mentales permanecen en la región subconsciente y pueden ser llamadas por un estímulo cualquiera. – En qué consisten algunos de estos estímulos.

La memoria era considerada antiguamente como una facultad especial de la mente; pero los psicólogos actuales han añadido que la memoria, en lugar de ser una facultad, es una manifestación de la actividad y poder subconsciente mental. Precisamente que la memoria es psicológicamente incapaz de informarnos, pero que pertenece al fenómeno de la subconsciente región mental, no es cosa que ofrezca duda. En algún modo la mente subconsciente almacena las impresiones que recibe a través de los sentidos y pueden ser despertadas en virtud de ciertas influencias estimulantes.

Kay dice:

“Es imposible comprender la verdadera naturaleza de la memoria o deducirla acertadamente, a menos que no tengamos una clara concepción del hecho de que hay una serie de ideas en la mente, que nosotros no conocemos.”

Antiguamente se pensaba que sólo ciertas impresiones podían ser retenidas en la memoria y que luego desaparecían. Pero las últimas opiniones sobre la materia nos permiten llegar a la conclusión de que todas y cada una de las impresiones mentales permanecen en la región subconsciente y pueden ser llamadas por un estímulo cualquiera. Muchas impresiones quedan allí para siempre por falta de estímulo; pero no existe ninguna razón para pensar que no quedan registradas en la mente.

El mismo Kay añade:

“Todas las razones indican que se hace el cambio, pero que no se desvanecen (las impresiones); que no se desvanecen tan pronto desaparecen, como las causas que las han producido, sino que, por el contrario, permanecen y forman un recuerdo perpetuo de lo que ha pasado a través de la mente, como un escrito que testimoniase todo lo que ha sido, sentido y hecho en el pasado... En este orden de ideas creemos que todo pensamiento, bueno o malo, que hemos entretenido, que toda acción nuestra, buena o mala, queda indeleblemente grabada en nuestra estructura corpórea y es conducida a la mente, sino en esta vida, por lo menos el gran Día del Juicio, cuando nuestros cuerpos caigan deshechos y el hombre se manifieste tal como es...”

“Nosotros hemos expresado la opinión de que todas las impresiones recibidas por nosotros, de que todos los pensamientos que tenemos, de que cada acción que cometemos, produce algún cambio en la estructura material de nuestros cuerpos y de que este cambio es permanente, formando un imperecedero recuerdo de todo lo que hemos experimentado, pensado o hecho. Del mismo modo, creemos que toda impresión o pensamiento que ha salido una vez de la conscientividad no permanece nunca impreso en la mente. No puede actuar nunca una segunda vez sobre la conscientividad, pero puede indudablemente permanecer en la inmensa región ultraconsciente mental, moldeando y formando inconscientemente nuestros pensamientos y acciones ulteriores.”

Morrell dice:

“Tenemos todas las razones para creer que el poder mental, una vez atraído al exterior, presenta la analogía de todas las cosas que vemos en el universo material en el hecho de su perpetuidad... Todo simple esfuerzo de la mente es una creación que nunca puede desaparecer por completo. Puede dormir en lo más profundo del olvido, como la luz y el calor duermen en las entrañas del carbón de piedra, pero responde siempre al estímulo apropiado y sale de la oscuridad a la luz de la conscientividad.”

Benecke expone:

“Toda impresión que recibimos deja un vestigio, una huella real y fisiológica tras sí, que puede ser renovada y conducida una segunda vez a la conscientividad bajo las condiciones físicas apropiadas.”

Mac-Crie dice:

“Ni las sensaciones recibidas, ni los juicios formados, ni las adquisiciones hechas, ni los afectos acariciados, ni las pasiones satisfechas, pueden nunca desaparecer como si siempre existiesen...”

Kay asegura:

“Sólo tenemos consciencia de una pequeña parte de lo que existe en nuestra mente. Siempre es mucho más lo que desconocemos que lo que conocemos; pero aquello siempre puede utilizarse en un momento dado. Nosotros podemos ser capaces de volverlo a llamar del interior de la conscientividad cuando lo deseamos; pero fuera de este caso la mente es inconsciente de su existencia. Ulteriormente, cada uno de los experimentos demuestra que no siempre se puede volver a traer a la memoria lo que se desea, a menos que no se emprenda una labor de exploración, y aun a veces se buscará en vano; pero puede ocurrir después, cuando ya quizá no se piense en ello. Por otra parte, mucho de lo que probablemente no quisiéramos recordar, o que está fuera de las circunstancias ordinarias, puede volver a nuestra memoria cuando es mencionado ante nosotros por los demás.

Es un caso parecido a aquel en que puede permanecer alguna traza o reflejo en la mente y que reaparece ante el más ligero estímulo. Estos casos ocurren en los estados ordinarios de la mente; pero en las anormales o exaltadas condiciones encontramos todavía

más notables ejemplos. Así en el sonambulismo, sueños, histerismo, delirio de la fiebre, o a la aproximación de la muerte, las personas pueden traer a su memoria los acontecimientos e la vida pasada, largo tiempo olvidados, cosa que les sería imposible en las circunstancias ordinarias.

Ha habido personas que en el delirio de la fiebre han hablado el lenguaje de su infancia, que hacía muchos años tenían olvidado; o han repetido con aparente exactitud discursos que habían oído muchos años antes y que nunca hubieran recordado a no encontrarse en aquel estado; otros repiten al pie de la letra largos pasajes de libros que habían leído en alguna ocasión y de los que no habían vuelto a acordarse en estado de salud. Sin embargo, los caso más notables son los de aquellas personas ahogadas o ahorcadas que han vuelto a la vida y han relatado las súbitas revelaciones que han tenido de todos los acontecimientos de su vida pasada con los detalles más minuciosos.”

Sir Guillermo Hamilton escribe:

“Con frecuencia la mente contiene sistemas completos de conocimiento que, si bien en el estado normal yacen en la más completa inacción, pueden en ciertos estados anormales, como la locura, el delirio febril, sonambulismo, catalepsia, etc., brillar fuera de nuestra luminosa conscientividad y lanzar dentro de la oscura inconscientividad aquellos otros sistemas por los cuales han sido eclipsados durante un largo período de tiempo e igualmente extinguidos. Por ejemplo, tal es el caso en que la extinguida memoria de un ciclo de lenguas fue restaurada repentinamente, y lo que es aún más notable, la repetición de pasajes, conocidos o no, de un libro, de los que no tenía noción la memoria consciente en su estado normal.”

Lecky ha dicho:

“Está en el día perfectamente demostrado que una serie de acontecimientos completamente olvidados, que ningún esfuerzo ha podido resucitar y que ni siquiera pueden llamarse reminiscencias, pueden, no obstante, ser embebidos, por sí decirlo, por la memoria y reproducidos con intensa vivacidad en ciertas condiciones físicas.”

Beaufort, que una vez fue librado de parecer ahogado, algún tiempo después describía así sus sensaciones:

“Todos los incidentes de mi vida pasada parecían centellear a través de mi memoria en una sucesión retrospectiva, no en su forma externa, sino con todos los detalles de cada minuto, formando como una vista panorámica de mi existencia entera, acompañado cada acto de una sensación de placer o de desagrado.”

Como dice Kay:

“No hay ninguna razón que no nos invite a creer que no existe alguna cosa en cada uno de nosotros que no esté completamente olvidada, como tampoco existe ninguna que no haya estado alguna vez en la mente.”

Schenid añade:

“Todas las actividades mentales, todo acto de conocimiento que ha sido alguna vez excitado, persiste. Nunca podemos olvidarlos por completo; pero permanecerán en estado de oscuridad. El conocimiento oscuro puede existir simplemente fuera de nuestra conscientividad y volver a nuestra memoria por un acto de voluntaria concentración; pero a consecuencia de esta asociación puede revivir una idea que hubiese permanecido oculta hasta entonces. Ulteriormente puede ocurrir que esa idea sea despertada por alguna morbosa afección del sistema; o, finalmente, puede ser completamente olvidada por toda la vida y destinada sólo al estado de reminiscencia.”

Kay dice:

“Al adoptar la opinión de que cada pensamiento o impresión puede ser conducido fuera de la consciencia, obtenemos la explicación de muchos fenómenos mentales que hasta ahora nos habían parecido oscuros; y, especialmente, llegamos a la conclusión de que la perfectibilidad de la memoria tiene una extensión casi ilimitada. Nosotros no tenemos duda de que podemos penetrar en las más bajas profundidades de nuestra naturaleza mental, de que podemos encontrar trazas de todas las impresiones que hayamos recibido, de cada pensamiento que hayamos realizado a través de nuestra vida pasada; cada uno de ellos ha ejercido influencia en la formación de nuestro conocimiento presente o nos ha servido de guía en nuestros actos diarios; y si estas trazas existen en la mente, no es posible volver a traer a la memoria las impresiones o pensamientos correspondientes más que en el caso de que nuestra conscientividad lo desee, sea por una sugestión o por reminiscencias.”

Bowen afirma:

“Muchas personas educadas conocen cuatro idiomas, lo que representa 160.000 palabras, o 40.000 por cada uno, calculando por lo bajo. Estas palabras son símbolos arbitrarios como los signos del álgebra. Consideremos los innumerables hechos e ideas que representan esas palabras en una mente bien informada. Lo mismo la mente está ampliamente provista de palabras e ideas, que las Bibliotecas y los Libros. Las Bibliotecas pueden proporcionar, después de una ojeada al catálogo y una espera quizá de diez minutos, el libro deseado. Pero el simple esfuerzo inconsciente de la Biblioteca que aguarda nuestras órdenes en las atestadas cámaras de nuestra memoria está lejos de ser tan expedito y diligente en el servicio.

Un estudiante lee una página de francés o alemán en un minuto, y retiene cada uno de los 200 o 300 grupos de jeroglíficos impresos; pero la inconsciencia proporciona instantáneamente todo lo demás: su significado, su etimología, su equivalencia castellana y toda asociación de ideas relacionada con ellos. Pero nosotros no tenemos una guía consciente de lo que buscamos. Basta que necesitemos el punto que ha de ser recordado para que instantáneamente se produzca en el inmenso depósito de la memoria. Yo creo que un simple ejemplo basta para provocar la presencia de una idea y hacerla salir de la inconsciencia. ¿Por qué acción mecánica o química es concebible que se pueda explicar el fenómeno en cuestión?”

Una consideración de los hechos reproducidos puede servir a cada uno para hacerse cargo del ordinario significado que queremos dar al término Memoria, que es el arte o facultad de *recoger* o atraer aquello que está almacenado en nuestra mente. Del mismo modo, la Memoria parece ser una cualidad característica de la que el gran depósito subconsciente mental es una fase, de lo que nosotros llamamos Lo Subconsciente. De esto podríamos deducir que la subconsciencia *lo recuerda todo y no olvida nada*. Si esto es así, sería evidente que nosotros podemos conducir a la subconsciencia a trabajar en los poderes de mentación de un modo asombroso. La Memoria descansa sobre el conocimiento, y por esta razón tiene libre acceso al depósito mental.

CAPÍTULO VII

CASOS TIPICOS

*La memoria de la mente subconsciente es perfecta. –
Curiosos hechos que lo demuestran.*

El Doctor Hudson ha dicho:

“Una de las más sorprendentes e importantes peculiaridades de la mente subjetiva, en lo que la distingue de la objetiva, es su prodigiosa memoria. Podríamos quizás aventurarnos a decir que la memoria de la mente subjetiva es perfecta, pues es el mejor fundamento para creer que tal proposición puede ser substancialmente cierta.”

El Doctor Hudson parece que ha considerado la memoria como una cualidad que poseen ambas mentes, la objetiva y la subjetiva, en diferentes grados; pero las más modernas autoridades afirman que la memoria es esencialmente una cualidad o fase de la mente subconsciente, y que lo que llamamos mente objetiva o región de ordinaria conscientividad no posee memoria y es sólo consciente de lo que la memoria subconsciente lleva al campo de la conscientividad.

Los siguientes casos típicos, relatados por personas autorizadas y reproducidos por los mejores escritores en la materia, nos demostrarán lo peculiar y maravilloso de la operación de la mente subconsciente en su fase de memoria.

El Doctor Benjamín Rush, el eminente cirujano americano, ha contado este caso:

“Los ejemplos de sabiduría e inteligencia en los locos son numerosos en todos los países. En el estado de locura frecuentemente han desarrollado las personas sus talentos en la oratoria, en la poesía, en la música y en la pintura, así como en muchas de las artes mecánicas. Un caballero al que yo cuidaba en un hospital, en 1810, con frecuencia deleitaba, al mismo tiempo que asombraba a los pacientes y empleados del hospital por sus extraordinarias facultades oratorias, predicando desde una mesa todos los domingos. Una de mis enfermas, que se volvió loca después de un parto, en 1807, cantaba himnos y canciones de su composición durante la última fase de su enfermedad con un tono de voz tan suave y tan dulce que yo me quedaba suspendido mientras duraba la visita. Y lo particular es que antes de estar enferma no había mostrado la más mínima aptitud para la música ni para la poesía. Dos ejemplos de talento para el dibujo, desarrollados por la locura, se encuentran también entre los casos que yo conozco. ¿Y en qué lugar existe un manicomio en el que no se encuentre barcos perfectamente contruidos, con sus más mínimos detalles, o en el que no se exhiban curiosas piezas de maquinaria, hechas por personas que no habían descubierto sus aptitudes para la mecánica hasta el momento de caer enfermas?”

Algunas veces observamos en los locos una inesperada resurrección del conocimiento: por esta razón, les oímos describir acontecimientos pasados y hablar en una lengua antigua o moderno o repetir largos e interesantes pasajes de libros y hacer otras cosas de que no serían capaces en su estado natural de salud. En estos casos, y en otros muchos parecidos, las actividades de la región ordinaria de conscientividad son alteradas o desviadas, con parecidos resultados, en el dominio de las subconscientes actividades que pueden manifestarse con mayor libertad.”

Sir Guillermo Hamilton reproduce, de las memorias de un sacerdote americano llamado Fleint, lo que sigue:

“Estoy convencido de que todos los enfermos son aptos para pensar en su propio caso extraordinario. Mi médico añade que todos los que me han visto opinan que mi caso era también extraordinario.

Quiero relatar algunas de las circunstancias de mi enfermedad. Y este propósito mío puede ser beneficioso...; que muchos de los síntomas, sensaciones y sufrimientos pueden ser recordados por los que los han sufrido y, por tanto, puede servirles de alivio la lectura de estas líneas y, sobre todo, verán que nada pasa sin la voluntad de Dios... Antes había tenido fiebre; pero me levantaba todos los días. Mas, en esto, un día caí postrado como un niño de pocas semanas y sentí, con este primer ataque, que yo era una cosa muy diferente de lo que hasta entonces pensara. Al tercer día vino el paroxismo y con él un nuevo estado mental. Este estado de enfermedad en que un desorden parcial se mezclaba con una consciencia generalmente sana y una sensibilidad extraordinariamente excitada, supone que mi situación era doblemente dolorosa en todas sus formas. Al mismo tiempo que no podía reconocer a mis amigos, mi memoria era tan normalmente exacta que podía repetir pasajes enteros en los diferentes idiomas que conocía, con completa exactitud. Además, podía repetir, sin cansancio ni molestia, un pasaje de cualquier poesía, lo que me fue imposible hacer cuando recobré la salud.”

Manboddó refiere el siguiente caso, que le fue contado a él por un amigo, el cual dice:

“Hace unos veintiséis años, cuando yo estaba en Francia, había llegado, a tener una verdadera intimidad con la familia del Mariscal Montmorency de Laval. Su hijo, el Conde de Laval, estaba casado con la señorita de Manpeaux, hijo del teniente del mismo nombre y sobrino del último canciller. Este había muerto en la batalla de Hastenback. Su esposa le sobrevivió algunos años, pero después murió.

El siguiente caso lo he oído de su propia boca y me lo ha contado repetidas veces, advirtiéndome que se trata de una mujer veraz y de buen sentido, sin contar con que su familia y sus sirvientes conocen el hecho. Además, ella no encuentra el caso tan extraordinario como me pareció a mí. Yo lo escribí después de algún tiempo y conservo lo escrito entre mis papeles.

La Condesa de Laval había sido observada por sirvientes que permanecían a su cabecera cuando estaba enferma, los cuales declararon que ella hablaba en sueños un

lenguaje que no conocían, y no sólo los criados, pero ni ella misma, seguramente, ya que después, cuando estaba buena, no tenía la más mínima noción de aquella jerigonza.

Más adelante llegó un hijo suyo, que se criaba en Bretaña, acompañado de su nodriza, y acto continuo la condesa comenzó a hablarle en el idioma de los naturales de aquel país; pero esto no duró mucho y bien pronto no pudo pronunciar ni una sílaba en bretón. La condesa había nacido en aquella provincia y se había criado entre una familia que no conocía otra lengua que aquella; pero al volver al lado de sus padres no tuvo ya nunca ocasión de volver a hablarla y, como ella decía, estando despierta no conocía ni una palabra de bretón y dormida lo hablaba perfectamente. No necesito decir que la condesa de Laval nunca ha imaginado que usara palabras bretonas más que cuando le era necesario expresar alguna idea infantil.”

Coleridge ha relatado el siguiente interesante caso, que ha sido muchas veces producido por escritores modernos:

“Ocurrió en una ciudad católica alemana un año o dos después de mi llegada a Gotinga, y desde entonces he hablado frecuentemente de él. Una joven de veinticuatro o veinticinco años, que nunca había sabido leer ni escribir, cayó en cama con una fiebre nerviosa, durante la cual, según las manifestaciones de todos los sacerdotes y monjes de la comarca, apareció como poseída de un demonio sabio. La joven le increpaba incesantemente en latín, griego y hebreo, hablando en tonos pomposos y con una perfecta pronunciación. El acto de estar poseída por el demonio parecía tanto más verosímil a aquellas buenas gentes, por cuanto la joven en cuestión pasaba por hereje. Voltaire, con su humorismo acostumbrado, aconsejaba al demonio que evitase toda relación con los médicos; si el demonio de nuestro caso hubiera sido más celoso de su reputación, habría seguido el consejo.

Sea como fuere, el asunto atrajo particularmente la atención de un joven médico y por su mediación visitaron a la muchacha muchos eminentes fisiólogos y psicólogos. Libros completos salían, unos tras otros, de su boca, consistentes la mayor parte de ellos en sentencias, coherentes e inteligibles en sí misma, pero con muy poca o ninguna conexión entre ellas. De Hebreo, muy poco; sólo una pequeña porción, que parecía calcada en la Biblia; lo demás debía ser más bien un dialecto rabínico. Era indudable que toda idea de superchería debía descartarse. No sólo se trataba de una sencilla e inocente criatura, sino que evidentemente actuaba bajo el influjo de una fiebre nerviosa. En una ciudad en la cual había residido muchos años sirviendo a diferentes familias, la solución no se presentaba por sí misma.

El joven médico, sin embargo, decidió seguir paso a paso la vida pasada de la muchacha, ya que ella misma era incapaz de dar una contestación racional. Después de largas investigaciones pudo descubrir el lugar donde sus padres habían vivido; corrió al punto allá; pero los padres de la muchacha habían muerto, si bien quedaba aun un tío suyo; y éste le dijo que la enferma había sido cariñosamente educada por un anciano ministro protestante, al lado del cual permaneció hasta su muerte. El tío sólo sabía del pastor que era una excelente persona; pero nada más. Con gran dificultad y después de muchos pasos, nuestro joven médico-filósofo descubrió que existía una sobrina del pastor que vivía

también con él y había heredado sus efectos. Recordaba a la muchacha y contó que su tío había sido muy indulgente con ella, hasta el punto de que nunca había oído que la riñese. A la muerte del pastor, su sobrina quiso que la muchacha se quedase a su lado; pero como por entonces habían muerto también sus padres, prefirió alejarse del lugar. Ansiosamente quiso inquirir los hábitos del pastor, y la solución del fenómeno se le presentó prontamente. El anciano tenía la costumbre de leer en voz alta los libros de consulta que habían de servirle después para sus pláticas en la iglesia, y esto lo hacía en su lengua original. Un considerable número de estos libros estaban en poder de la sobrina, y según ella manifestó, era un gran hebraísta. Entre tales libros, además de textos hebreos, había una colección de escritos rabínicos, junto con obras griegas y latinas; ojeando estas obras el médico pudo identificar muchos de los pasajes que había oído recitar a la muchacha, y entonces ya no dudó sobre el origen y la razón de un caso tan extraordinario, que era puramente un fenómeno nervioso.”

CAPÍTULO VIII

MEMORIA HEREDADA

La memoria retiene las impresiones y experiencias de los antepasados del individuo. – Los “gustos” y “tendencias heredadas”. – El “instinto” y sus manifestaciones, en el hombre y en los irracionales. – Casos maravillosos.

La memoria es algo más grande de lo que generalmente se imagina. No sólo incluye el “depósito seleccionado” y la retención de las impresiones recibidas por el individuo, sino que también es capaz de retener las impresiones recibidas y las experiencias recogidas por los antepasados del individuo. Es como si a través de las generaciones se fuese almacenando en la gran región subconsciente mental una serie de pensamientos, sensaciones y actos. De este modo se explica que a muchos, cuando oyen hablar de una cosa por la primera vez, les haga el efecto de que se trata de algo que ya conocen.

Bastará, pues, una pequeña consideración para demostrar que algo de lo que llamamos “gustos” y “tendencias heredadas”, “instinto”, es una forma de memoria transmitida desde un organismo a otro a lo largo de las líneas de la herencia. Nuestros antepasados viven a través de nuestro y sus actos y pensamientos se reproducen en nosotros.

Los que llamamos “instintos” es una idea muy adecuada de esta forma de memoria. Como dice James:

“El instinto es usualmente definido como la facultad de actuar en un sentido encaminado a conseguir ciertos fines, o sin el propósito de estos fines, y sin una previa preparación para el objeto.”

Halleck manifiesta:

“El instinto ejerce una compleja acción hacia un fin definido, o sin definir, como cuando el gusano de seda hila su capullo... Cuando una sensación consciente, debida a un estímulo externo o interno, resulta encaminada hacia un fin sobre el que no hay un propósito claro, esta acción es instintiva. Una joven cigüeña quiere dejar la latitud norte para emigrar al sur cuando se aproxima el otoño... Si el ave no ha estado nunca en el sur hasta entonces, no puede tener idea del propósito de su huida, y, sin embargo, se trata de una acción dirigida hacia un fin inteligente. Ciertas sensaciones de origen orgánico inducen a la joven ave a formar su primer nido. Nunca ha sido enseñada ni tiene la menor experiencia de la construcción de nidos. Sin embargo, el primer nido es construido con arreglo a los mismos principios que lo construyeron sus antepasados y lo construirán sus sucesores. Todas sus acciones, desde la extensión de las alas para volar, la recolección de

hierbas, pajas y ramas, el humedecer el pico para formar barro, son una serie de actos complejos encaminados hacia un fin inteligente...

Cuando la oruga siente ciertos estímulos, mecánicamente comienza a tejer su capullo de un modo ciego, en una vía refleja, y esta acción se continúa por tanto tiempo como actúa el estímulo. Si una cigüeña es encerrada en una jaula con barrotes de hierro, tan fuertes que le quiten toda esperanza de escapar, cuando el estímulo del frío otoñal afecta al ave, ésta repetirá sus esfuerzos para huir, debatiéndose contra los hierros de su prisión hasta que caiga ensangrentada al pie de ellos...

Darwin habla de un joven salmón que conservaba en un cubo de agua y que en una época determinada quería saltar fuera de él, y de este modo se suicidó inconscientemente..

El gato corre detrás del ratón, corre ante el perro o le presenta combate, evita el castigo trepando por las paredes, evita el agua y el fuego, y, sin embargo, no tiene ninguna noción de la vida o de la muerte... Actúa en cada caso separadamente y simplemente porque no puede obrar de otro modo: así, cuando aparece un ratón en su campo visual, el *puede* perseguirle; cuando es un perro el que aparece, *puede* o *no puede* retirarse y por eso huye o le espera, según la distancia, el local en que se encuentre, etc., *puede retirarse* también de la sensación del fuego o del agua y lo hace, y así sucesivamente.... Ahora bien; ¿por qué lo hacen varios animales en presencia de ciertos estímulos nos parece una cosa extraña? ¿Por qué la gallina, por ejemplo, se somete espontáneamente a la aburrida tarea de incubar huevos sin utilidad inmediata y sin conocer ni adivinar el resultado de su trabajo? La única contestación es *ad hominem*.

Nosotros sólo podemos interpretar el instinto de los brutos por lo que conocemos de nuestros propios instintos. ¿Por qué nos sentamos al lado de una estufa en un día de frío? ¿Por qué en una habitación nos colocamos, de ciento, noventa y nueve veces, con la cara hacia el centro en lugar de dirigirla a la pared?...

“Nadie puede decir que esos son los caminos humanos y que cada criatura *desea* seguir su propio camino y que, efectivamente, lo que sigue. La ciencia puede hacer consideraciones sobre esos caminos y encontrar que muchos de ellos son útiles. Pero no es por causa de su utilidad por lo que los hemos seguido, sino porque en el momento de seguirlos hemos sentido que era el único apropiado y natural. Ni un solo hombre, entre un millón, cuando esté comiendo pensará en la utilidad de este acto. Sólo porque encuentra sabrosos los alimentos y sacia así su hambre. Si se preguntase *por qué* necesita comer más de aquello que es de su gusto, en lugar de soñar como un filósofo, probablemente él mismo se tomaría por loco...

En resumen, sólo a una mente corrompida por un estudio mal dirigido le parecerá extraño lo natural y se preguntará el *por qué* de los actos instintivos humanos. A los metafísicos se les ocurrirá hacer preguntas del tenor siguiente: “¿Por qué sonreímos cuando estamos contentos, y no ponemos ceño? ¿Por qué somos incapaces de conversar con la multitud como con un simple amigo? ¿Por qué nos dirigimos a una mujer determinada y no a otra? El hombre vulgar sólo podrá contestar: “*Desde luego*, nosotros sonreímos; *desde luego*, nuestro corazón palpita cuando estamos en presencia de una muchedumbre; *desde*

luego, nosotros amamos a una mujer porque la belleza de su alma se envuelve en una forma perfecta y porque es palpable y manifiesto que la eternidad le ha hecho para ser amada. Y así, probablemente, obra cada animal, sin tiempo de que cada objeto despierte en él una sensación particular. Pero esto es sintetizar *a priori*. El león y la leona se han hecho para amarse, lo mismo que el oso y la osa. ¿Qué sensación tendrá la gallina al empollar y qué otra sensación cuando salgan los pollitos de su cascarón? De lo que podemos estar seguros es de que por misteriosos que nos parezcan los instintos de algunos animales, nuestros instintos no les han de parecer menos misteriosos a ellos. Debemos, pues, deducir la conclusión de que al animal que obedece a cada impulso, cada paso que dé para aproximarse a la consecución de este instinto le parecerá lo más natural y apropiado. No puede, por tanto, obrar de otro modo. ¿Qué voluptuoso estremecimiento no habrá en el vuelo de un ave de presa cuando descubre una víctima o la carroña que le ha de servir de sustento o bien ve llegar la ocasión de poner su huevo? Y cuando lo ha puesto, ¿qué deberá parecerle? ¿Y por qué sentirá predilección por una presa y repugnancia por la otra?”

También ha dicho James:

“Nada más común que la observación de que el hombre difiere de las criaturas inferiores por la ausencia casi total de instintos y la presunción de que su trabajo es un producto de la razón... Sin embargo, nosotros podemos decir confidencialmente que ciertos hombres reaccionan bajo el ambiente y que esto no es debido a la razón, sino sencillamente a la adaptación, que no es otra cosa que el instinto. *El hombre, pues, posee todos los impulsos que los demás animales y aun en un grado mayor.*”

Schneider hace la siguiente observación:

“Es un hecho que el hombre, especialmente en la infancia, teme penetrar en una caverna oscura o en una selva tenebrosa. Este miedo nace, seguramente, en parte del hecho, que nos explicamos fácilmente, de que sospecha que ha de correr peligros en esos lugares, sospecha debida a las historias que ha oído y leído. Pero por otra parte es completamente seguro que este miedo, en cierta proporción, se debe también a una herencia directa. Niños que han sido cuidadosamente preservados de toda historia de aparecidos, se quedarán, sin embargo, aterrorizados y gritarán si se encuentran en un lugar oscuro, sobre todo si oyen algún ruido. Un adulto podrá fácilmente observar una sensación de molestia cuando pase por algún bosque, como si temiese ser robado o agredido, mientras que pasará tranquilamente por un lugar concurrido. Este sentimiento de miedo se apodera de muchos hombres incluso en sus propias casas, cuando en ellas no hay luz, bien que sea mucho mayor en una caverna oscura o en una selva. El hecho de un miedo semejante se explica con facilidad cuando consideramos que nuestros salvajes antecesores, a través de innumerables generaciones, estaban acostumbrados a encontrarse con animales fieros en las cavernas, especialmente osos; que la mayor parte de las veces eran atacados por esas bestias durante la noche y en los bosques y que en nosotros se forma una asociación inesperable entre la percepción de la obscuridad, cavernas y selvas; este sentimiento es producto de la herencia.”

James añade:

“El miedo a los lugares elevados es una especie de enfermedad peculiar que difiere grandemente entre los individuos. El completamente ciego instintivo carácter de los impulsos motores se demuestra por el hecho de que son casi siempre enteramente irracionales, ya que la razón puede suprimirlos...

Ciertas ideas de carácter sobrenatural asociadas con circunstancias reales producen un peculiar sentimiento de horror. Esta sensación se explica probablemente como el resultado de una combinación de simples horrores. A conducir el miedo a los aparecidos al máximo, contribuyen muchos elementos combinados, como los lugares solitarios, la oscuridad, ruidos inexplicables, especialmente de carácter lúgubre, el movimiento de figuras desdibujadas o de horrendo aspecto...

En vista del hecho de que los aspectos cadavérico y reptiliano y los horrores subterráneos son los que representa una parte específica y constante en muchas pesadillas y formas de delirio, no parece dudoso que esas formas del miedo han llegado a nosotros a través de muchas generaciones y que en un período pasado debían formar parte de los objetos normales. El evolucionista no debe tener dificultad en explicar esos terrores y las escenas que los provocaban, como recaídas en la conscientividad del hombre de las cavernas, una conscientividad superpuesta en nosotros por experiencias de una fecha más reciente...

Existen ciertas otras formas de miedo patológicas y ciertas peculiaridades en la expresión del miedo ordinario que pueden recibir una explicación clara teniendo en cuenta las ancestrales condiciones, casi infrahumanas. En el miedo ordinario se puede correr o quedar semiparalizado. La última condición, a la que se ha decidido dar el nombre de instinto de *vergüenza de la muerte*, se manifiesta en muchos animales...

Es sencillamente un terror paralítico, que tan pronto es adquirido como hereditario... Posteriormente, basándose en sus síntomas, ha sido descrito por los escritores modernos, que le han dado el absurdo nombre de *agorafobia*. El paciente es presa de palpitaciones y terror a la vista de una plaza o de una calle demasiado anchas y casi se ve imposibilitado de cruzarlas. Tiembla, las piernas se le doblan y la sola idea de lo que cree un peligro le hace desmayarse. No obstante, a veces tiene el suficiente dominio de sí mismo para llevar a cabo la penosa tarea, lo que hace por medio de un vehículo o bien uniéndose a la demás gente. Pero usualmente se escurre por uno de los lados de la plaza, pegado a las casas tanto como le es posible. Esta emoción no tiene utilidad ni justificación en el hombre civilizado; pero cuando nos enteramos de la *agorafobia* crónica de nuestros gatos domésticos y vemos la tenacidad de algunos animales silvestres, especialmente roedores, que sólo se aventuran a cruzar un espacio como una media desesperada, sentimos una fuerte tentación de preguntarnos si semejante y rara sensación de miedo no es debido a una resurrección accidental, a través de la enfermedad, de una especie de instinto que debía existir en muchos de nuestros más remotos antepasados.”

He aquí lo que expone Clodd:

“El instinto es la más elevada forma de la acción refleja. El salmón emigra del mar al río; el ave construye su nido o emigra de una zona a otra, siempre por la misma ruta,

librándose así de perecer; la abeja forma sus celdas; la araña teje su tela; el pollito abre su camino a través del cascarón y no tarda en picar los granos de trigo; el niño recién nacido se pega al pecho de su madre, y todo en virtud de actos semejantes de nuestros antepasados, que se manifiestan por las necesidades de la criatura, gradualmente, de un modo automático, sin variación a través de los siglos; la tendencia se repite y es transmitida con el germen de cada insecto, pez, ave y ser humano...

Es lo mismo que las llamadas necesariamente verdades e ideas innatas de la mente, como las de tiempo y espacio; se deben también a experiencias transmitidas. “La existencia, como ha dicho Spencer, de constantes e infinitamente repetidos elementos de pensamiento, pueden degenerar en elementos automáticos, de los cuales es imposible desprenderse... De esto nos proporciona un interesante ejemplo cierto perro San Bernardo. Había nacido en Londres y fue conducido a la comarca cuando aún era un cachorrillo. Después de unos pocos meses cayó una gran nevada y el perro, que hasta entonces no había visto nevar, ganó frenéticamente la puerta y cuando estuvo libre comenzó a revolcarse entre la nieve y de tal modo como si no fuese la primera vez que lo hacía.”

El estudiante que investiga la materia del instinto, pronto descubre que el fenómeno completo se basa en la idea de la memoria y que el instinto es transmitido por la memoria. Y la memoria es esencialmente una función de la región subconsciente mental. Por consiguiente, todo lo que está incluido en la región general del instinto forma realmente parte del fenómeno de la subconsciencia.

La fase de sensación de la naturaleza mental del hombre está en gran parte formada por la memoria heredada de pasadas experiencias de la raza.

Como Barbank dice:

“La herencia significa mucho; pero, ¿qué es la herencia? No es la visión de algunos repugnantes espectros ancestrales cruzando siempre el sendero de la existencia humana. La herencia es simplemente la *suma de todos los efectos de todas las influencias de todas las generaciones pasadas* respondiendo a cada movimiento de las fuerzas vitales.”

El individuo hereda, realmente, muy poco *de* sus padres o abuelos, pero mucho por *su* conducto. A través de ellos fluye la corriente de la vida de numerosas generaciones de hombres, combinándose en las experiencias de todos para formar una sutil esencia mental, que es transmitida a la raza. Muchas de las emociones, sentimientos, gustos e inclinaciones del hombre son el resultado de las experiencias de razas pasadas.

Hay mucho en el hombre de las cavernas en el individuo más culto, que puede presentarse en la superficie cuando existe el oportuno estímulo o influjo. La civilización es como una piel profunda, mientras que la cultura es superficial. Bajo la pulida cubierta de nuestra civilización yace la gran masa de la experiencia racial con todas sus primitivas emociones, tendencias e impulsos.

Y no sólo en la dirección general de las experiencias racionales afecta la memoria al individuo. Aquí y allá, según las ocasiones, vislumbres de recolección pasan por la mente

del hombre, frecuentemente estableciendo en ellos sugerencias de un conocimiento de cosas conocidas por medio de alguna mente ancestral nuestra. Ciertas escenas, ciertas influencias, ciertas esperanzas, obedecen a trazas activas de la memoria del pasado y al individuo le parecen familiares esas escenas o esperanzas y el ambiente que las rodea. La ciencia nos dice que muchos de los sueños humanos, especialmente las pesadillas, son el resultado de una resurrección en la memoria subconsciente de pasadas experiencias de nuestros antepasados, quizás a distancia de millares de años. El espantoso monstruo de la pesadilla es el recuerdo de los animales prehistóricos que aterraron al hombre de las cavernas. Todos los sueños, cuando no son el producto de los incidentes de la vida cotidiana, y aun en este caso, se deben a las trazas de la memoria ancestral. El conocido sueño de la caída desde un lugar elevado es un producto de la memoria racial, porque probablemente nuestros remotos antepasados tenían la entrada de sus cuevas por precipicios. La peculiaridad de esta pesadilla es que el que la tiene se despierta antes de llegar al fondo.

Jack-London, en su interesante libro *Antes de Adam*, expone un punto de vista verdaderamente luminoso y su protagonista nos habla de un insólito sueño en que reproduce con vivos colores la vida de los habitantes de las cavernas. Leyéndolo nos parece que existen excelentes razones para creer que gran parte de lo que llamamos “conocimiento intuitivo” no es sino una bien desarrollada facultad de recoger las experiencias de la raza reunidas en nuestra subconsciencia. Los sabios calculan que cada uno de nosotros tiene miles de antepasados y que frecuentemente ha habido cruces entre ellos, de modo que prácticamente todos tenemos la misma ascendencia, y por eso se explica la comunidad de sentimientos y tendencias elementales de la raza. Todos y cada uno de los individuos tiene en sí el *conjunto* de las experiencias de la raza.

Sin intentar entrar en una discusión acerca de la reencarnación, podemos decir que la mayoría de los ejemplos expuestos en favor de la teoría, basados casi todos ellos en memorias del pasado, pueden aplicarse igualmente a la teoría de la memoria racional. No sólo es esto cierto en lo que se refiere a las elementales impresiones del pensamiento racial, sino también a los ejemplos específicos en que el individuo experimenta la sensación distinta de haber tenido antes ciertos pensamientos o de haber presenciado ciertas escenas.

Existen buen número de casos de recuerdo en que el individuo ha podido comprobar que alguno de sus antepasados ha llevado a cabo tal experiencia o ha presenciado tal escena. Un caso de estos se refiere a un joven que visitaba una pequeña ciudad de Inglaterra y se alojó en una antigua posada. En el momento de entrar advirtió una sensación de familiaridad hacia todo lo que le rodeaba. Le parecía como si hubiese estado en la misma habitación antes, muchos años antes. Contó sus impresiones a un amigo que estaba con él y acabó por decirle:

- Estoy seguro de haber estado aquí antes y de que grabé mi nombre con un diamante en la parte baja del marco de esa ventana.

Se aproximaron ambos a la ventana y, en efecto, vieron el nombre escrito en el mismo lugar que había indicado el joven. Pero no era *su* nombre, sino el de su abuelo, que

había visitado aquel lugar muchos años antes, según se desprendía de la fecha que acompañaba a la inscripción.

Otro caso es el de una joven que vio como en sueños, aunque estaba bien despierta, una pintura de ella misma acompañada de un joven caballero; éste se entretenía en grabar un corazón sobre la lisa corteza de un árbol y debajo del dibujo puso dos iniciales. Ella nunca había estado en aquel sitio y sin embargo le parecía reconocerlo por completo. Después de un reconocimiento del árbol, que en efecto existía, se encontraron las borrosas trazas de un corazón con las iniciales de su padre y de su madre. Inquirido el hecho, desconocido hasta entonces de la muchacha, resultó que su padre y su madre habían paseado muchas veces por aquel parque siendo novios.

También hemos oído hablar del caso de otra joven que encontró un antiguo paquete de cartas dirigidas a su abuela y cuyo contenido conocía tan bien como si las hubiese recibido ella, a pesar de que hasta entonces nunca las había visto ni oído hablar de ellas. En uno y otro caso se trata de sensaciones de la memoria heredada.

Existen indudablemente muchos ejemplos de esta índole y todos establecen de una manera cierta el hecho de la memoria transmitida desde el antepasado al descendiente. Todos los hechos concernientes al fenómeno de la subconsciente región mental residen solamente en esta región, porque la subconsciencia es el depósito de todo lo que se ha hecho antes, tanto por parte del individuo como de las generaciones pasadas.

CAPÍTULO IX

EL HÁBITO MENTAL

*Hábito e instinto. – El hábito es una segunda naturaleza. –
Cómo se expresan a este respecto los más eminentes autores.
– La educación del hábito.*

Entre las muchas fases de la subconsciencia encontramos el Hábito Mental. Este pertenece a la región subconsciente de mentación, a causa de que sus actividades son representadas por bajo de la región ordinaria consciente. Aquello que ha sido originalmente representado en la región consciente, pasa después a la región subconsciente, donde se identifica con el Instinto. En efecto, muchas de las acciones representadas por mediación de una persona, son estrictamente instintivas, casi igual que las que resultan de un instinto heredado o transmitido.

El instinto es, pues, un hábito heredado, mientras que el hábito es un instinto adquirido. El hábito mental es análogo a ciertas tendencias de las cosas inanimadas.

Como Dumont ha dicho muy bien:

“Cada uno conoce que un vestido, después de haber servido algún tiempo, se adapta mejor a la forma del cuerpo que cuando era nuevo; indudablemente se ha operado un cambio en el tejido y este cambio es un nuevo hábito de cohesión. Una cerradura acciona mejor después de haber sido usada; al principio se necesita más fuerza para vencer cierta rigidez en el mecanismo. El vencimiento de esta resistencia es un fenómeno de habituación. Cuesta menos doblar un pliego de papel cuando ya ha sido doblado antes...; y precisamente así como en el sistema nervioso las impresiones de los objetos externos modelan para ellas mismas los mejores y más apropiados caminos, así los fenómenos vitales se ofrecen bajo similares excitaciones de fuera.”

Shofield dice:

“¿No hemos visto todos en un vestido viejo, o en una habitación, una cierta cosa que nos habla de hábito, una adaptabilidad de forma que aumenta constantemente con el uso y que no podemos apreciar en un traje nuevo o en una sala recién amueblada? ¿No hemos observado en un viejo violín que ha sido propiedad de muchos grandes maestros retener en sus fibras el hábito de responder elocuentemente al arco del instrumentista mejor que otro instrumento que no haya adquirido aún este “hábito”?

Aproximadamente todos los instintos naturales en los animales se han formado como un artificial reflejo de los del hombre. En el hombre los hábitos artificiales han pasado a substituir los instintos fijos del carácter, o, si lo preferís, los hábitos voluntarios

han reemplazado a los hábitos automáticos. Es sorprendente el hecho de que cada hábito fijo que ha pasado a lo largo del instinto o reflejo, pueda ser modificado por el medio ambiente...

La fuerza del hábito es, sin embargo, verdaderamente grande, y sólo sus naturales reflejos ejercen una fuerza omnímota sobre el organismo. El poder de la mente o de la voluntad no pueden hacer cesar los latidos del corazón ni los movimientos del estómago, mientras que un hábito puede modificar ciertas funciones orgánicas.

Darwin ha hecho la observación de que los hombres han adquirido el hábito, común a todos, de estremecerse a la aproximación súbita de un peligro, y no hay ningún poder de voluntad capaz de hacer que un hombre mantenga la cara pegada a un espejo frente a la jaula de una cobra, no obstante que la razón le indique que en ello no hay ningún peligro.”

James dice:

“Mientras aprendemos a andar, a montar, a caballo, a nadar, a patinar, a tirar las armas, a escribir, tocar o cantar, nos interrumpimos a cada paso por un movimiento innecesario o falso. Al contrario, cuando estamos más adelantados, los resultados vienen a continuación, no sólo con un mínimo de acción muscular, sino como el resultado instantáneo de una simple indicación. El tirador ve el pájaro, e inmediatamente sigue la puntería y el tiro. Un centelleo en el ojo del adversario, una ligera presión de su florete, y el esgrimidor se percata instantáneamente de que ha parado un golpe peligroso.

Una ligera ojeada a una complicada partitura bastan para que de los ágiles dedos del pianista broten raudales de armonía.

Y no sólo lo hará del modo más correcto y en el tiempo justamente preciso, sino que esto será en él lo corriente, como en todos los hábitos adquiridos. Muchas personas que tenían que salir de su habitación para ir a comer han tomado un vestido tras otro, acabando por irse a la cama, sencillamente porque habían anticipado en una hora su habitual salida. Todos nosotros poseemos una manera rutinaria de ejecutar ciertas diligencias cotidianas relacionadas con el tocado, y siempre las llevamos a cabo del mismo modo y sin darnos cuenta, porque nuestros elevados centros de pensamiento no intervienen en esas minucias. No habrá ningún hombre que se le ocurra ponerse primero las botas que los calcetines y pocos que se calcen antes de ponerse los pantalones. A estos actos precede siempre un ligero ensayo mental que es una representación clara de los mismos.”

“¡El hábito es una segunda naturaleza!, decía el Duque de Wellington. ¡el hábito es diez veces una naturaleza!”

Schneider ha escrito:

“En el acto de andar, cuando nuestra atención está completamente absorbida en sí misma, es dudoso que pudiéramos conservar el equilibrio si el cuerpo no hubiera adquirido el hábito apropiado, y es dudoso también que avanzáramos un paso a no se por la misma razón. Aquí aparecen unidos el acto mecánico y el hábito y aquél es solidario de éste y

depende de él. Nuestro conocimiento no interviene casi nunca, y si lo hace alguna vez es para regular las relaciones entre ambos factores. Los movimientos obedecen a las sensaciones y estas pueden ser espontáneas o instintivas o bien producto del hábito, que más tarde se convierte también en instinto.”

Veamos ahora lo que dice Huxley:

“En tanto el poder del hábito que a veces nos hace cometer actos en contra de nuestra conveniencia, precisamente cuando su misión es la de acostumbrarnos a obrar del mejor modo.”

Kay ha dicho:

“En nuestros primeros ensayos de montar, escribir o tocar un instrumento, o emprender cualquiera otra operación, estamos pendientes de cualquier movimiento y nuestra atención se concentra en el detalle más insignificante. Gradualmente, a medida que adquirimos mayor facilidad y destreza, nos despreocupamos de lo que estamos haciendo, hasta que llegamos a ejecutarlo de un modo completamente inconsciente.”

Stewart ha dicho:

“Un experto conocedor puede sumar casi con una simple ojeada una larga columna de números. Puede decir el producto de la suma con una certeza infalible, y en cambio no será capaz de recordar cada una de las cifras de que se compone la suma; y sin embargo, no se podrá dudar de que estas cifras han pasado por su mente, ya que por mucha que haya sido la rapidez de este proceso, no es de suponer que se haya resuelto por inspiración, sino paso a paso.”

Maudsley dice:

“Cuando empezamos a aprender las notas al piano, nuestra mente fija su atención en cada una de esas notas; pero cuando, por la frecuente práctica, adquirimos un completo dominio de este instrumento, entonces ya no interviene la consciencia, sino que nuestros movimientos son automáticos.”

Kay añade:

“Tan pronto como adquirimos el dominio de un acto cualquiera, la mente deja de tomar parte en su dirección.”

Se ve, pues, que esta idea es general y que cada uno puede experimentar su exactitud en sí mismo.

Como dice Stewart:

“En el caso de algunas operaciones que nos son realmente familiares, nos veríamos verdaderamente apurados para explicar el camino que nos ha conducido a su completo

dominio; y según la opinión de muchos filósofos eminentes, estos actos han requerido una suma enorme de esfuerzo, mas después se llegan a ejecutar de un modo involuntario y mecánico. Pero, seguramente, la circunstancia de nuestra incapacidad para reconocer esas voliciones, no nos autoriza a discutir su posibilidad, como tampoco podemos afirmar que por el hecho de estimar la distancia de un objeto al ojo, la percepción sea instantánea.”

Kay dice:

“Cuanto más cultivamos un poder o facultad, más fácil es hacerlo actuar y con el tiempo este poder o facultad se ejecuta sin el menor esfuerzo cada vez que es necesario, en virtud de la enorme fuerza del hábito. Entonces nuestro progreso mental se encamina hacia la región inconsciente y desde ella irradian los actos que ejecutamos. A la conscientividad corresponde una principal e importante parte en la educación de nuestras facultades y en la formación de nuestro conocimiento. La mayor suma de conscientividad se concentra sobre cada nueva operación y cuanto mayor es este esfuerzo más perfecta es la impresión y más fácil luego la representación.

Así, una vez que se ha aprendido bien una cosa, la memoria no tiene ya por qué preocuparse de ella y el repetirla es un acto puramente mecánico.”

Mausdley explica así el fenómeno:

“La interferencia de la conscientividad es frecuentemente un obstáculo actual para la asociación de ideas, especialmente cuando la representación de movimientos ha alcanzado la completa facilidad de una ejecución automática.”

Morrel dice:

“En igual proporción que la volición ha sido ejercida en alcanzar algún fin, es fácil después la repetición y continuación del mismo; al contrario, si aquélla se ha ejercido poco, entonces la representación es imperfecta, y aun a costa de muchos esfuerzos y fatiga... La conscientividad debe servir esencialmente para la formación de nuestras facultades de pensamiento y acción; su parte es comparativamente pequeña teniendo en cuenta la que ha de representar después...”

Por eso, en vista de lo antes expuesto, podemos convencernos de la verdad de esta opinión de Kay:

“El objeto primordial de la educación debería ser trasladar tantas de nuestras acciones como sea posible desde la consciente a la región subconsciente mental.”

Schfield abunda en esta idea:

“Una vez que un hábito ha quedado perfectamente establecido en nosotros, la intervención de la conciencia sólo puede dificultar su perfecta acción. Cuando sumamos o escribimos, si tuviésemos que estar atentos a la formación de cada número o letra, la

operación sería larguísima y además nos equivocaríamos. La volición entorpece los hábitos fijos. Cuanto mejor establecido está un hábito, menos esfuerzo cuesta ejecutar la acción correspondiente. Cuando comienza a estudiar el piano, el joven alumno toca con las manos, con los brazos, con el cuerpo y con la cabeza, y frecuentemente con la lengua. Después va adquiriendo mayor libertad, el esfuerzo mental y corporal es menor, el cuerpo se va inmovilizando y finalmente sólo los dedos trabajan. El hábito nos ahorra, pues, una labor grande. El hábito incluso puede suplir a la memoria y a la inteligencia. Roberto Houdin, el conspirador, había adquirido el difícil hábito de leer en alta voz mientras se disparaban tiros a su alrededor, a fin de acostumbrarse a los mayores peligros. Al principio no podía evitar un movimiento involuntario, pero después permanecía impassible, sin que su voluntad tuviese que intervenir para nada.”

Schofield dice también:

“La facilidad y perfección en cada acto dependen por completo del grado en que la conscientividad haya internado sus pensamientos en la subconscientividad. Tocar el piano, patinar, ir en bicicleta, ser hábil en los negocios, depende para su perfecta ejecución del poder subconsciente mental, que sólo se ve entorpecido cuando interviene la mente consciente.

El hecho maravilloso de tocar brillantemente una pieza al piano, al mismo tiempo que se sostiene una animada conversación, es también un triunfo de nuestros poderes subconscientes, máxime si se tiene en cuenta que Sir James Paget ha observado que en un pasaje rápido nuestros dedos se mueven veinticuatro veces en un segundo, que cada movimiento involuntario produce tres acciones musculares y que multiplicado el total por diez nos da 720 impulsos *por segundo* para cada mano.”

Miss Cobbe observa:

“La pluma de un escribiente listo nos hace el efecto de que al mismo tiempo moja en el tintero, forma las palabras y selecciona aquéllas que han de formar un párrafo, mientras que a la vez su conciencia mental aparece despreocupada del acto que ejecuta.”

También son de Miss Cobbe estas palabras:

“Quisiera hacer notar que aquellos que nosotros llamamos actos voluntarios no son más que un *resultado*, como cuando nos llevamos la mano a la boca. La facilidad con que ejecutamos estos actos nos hace creer que son naturales, y lo son actualmente; pero no podríamos llevarlos a cabo sin una previa educación; al mismo tiempo los entorpeceríamos si pensásemos en lo que nos ha costado adquirir esta facilidad, a la cual concurren conjuntamente el hábito y la mente inconsciente, donde mora aquél. Cuando no existe este hábito, toda acción es imposible por fuerte que sea el deseo.

Por un largo hábito, hereditario en la naturaleza, podemos siempre balancear correctamente nuestros brazos poniéndolos al compás de nuestras piernas. Suponed que podemos *querer* lo contrario; que se mueva el brazo rígido con la pierna rígida, y viceversa, y por grande que sea el esfuerzo que hagamos, uno y otro se moverán en la dirección

establecida por el poder del hábito. La intensa dificultad de un movimiento y la perfecta facilidad de otro, cuando en sí mismos son igualmente fáciles, es cosa sorprendente. Supongamos que alguien *quiere* tocar el violín, o patinar, o nadar o, en una palabra, ejecutar cualquier acto que requiere la formación de hábitos y que ve la imposibilidad de llevarlos a cabo porque no ha formado previamente el acto correspondiente; por mucha que sea su voluntad y su inteligencia, no podrá hacer de repente nada de aquello a que, previamente, no se haya acostumbrado.

Pocos son los que conocen el origen de nuestros hábitos y muchos imaginan que se trata de actos perfectamente voluntarios. Suponed un hombre de más de cuarenta años que quiere bañarse y vestirse solo a fin de acostumbrarse al orden, y comprenderéis las dificultades que se le presentarán. No podrá conocer el orden en que se lava la cara, pero *sus manos* lo conocerán; no podrá saber qué pie es el que ha de calzarse primero, pero su *pie* lo sabrá.

Todas estas cosas y otras por el estilo son, sin embargo, muy fáciles, a condición de que nuestra consciencia no intervenga en ella, fuera del período de iniciación. Considerad que el acto de tirar al blanco o a una pieza, la perfecta facilidad con que el deportista lo ejecuta, el momento de levantar la caza y de hacer fuego sobre la víctima constituyen una serie de hechos complicados si pensamos en ellos al ejecutarlos; nada, en cambio, más fácil para el que, después de haber adquirido el hábito, lo hace maquinalmente; pensad en las vacilaciones que se apoderarían de nosotros si antes de emprender cualquiera tarea cotidiana nos preocupásemos de su dificultad.”

Los más eminentes psicólogos han dicho que el noventa por ciento de nuestros procesos mentales se llevan a cabo en la región subconsciente. Una consideración sobre el hecho antes expuesto, en conexión con el hábito mental, nos puede mostrar si la exposición es correcta.

Como ha dicho el Profesor Gates:

“El noventa por ciento, al menos, de nuestra vida mortal es subconsciente.

Si pudiéramos analizar nuestras operaciones mentales, encontraríamos que los pensamientos conscientes no son nunca una continua línea de conscientividad, sino una serie de datos conscientes con grandes intervalos de subconscientividad. Planteamos e intentamos resolver un problema y fracasamos. Nos parece que andamos cerca de la solución y también nos equivocamos. Repentinamente apunta una idea que nos da la deseada solución del problema.

El proceso subconsciente se ha encargado de llevar a cabo el trabajo y nuestra volición no ha intervenido para nada y la subconsciencia ha obrado por nosotros, que sólo hemos actuado de recipiente más o menos pasivo. No podemos cambiar la naturaleza de un pensamiento o de una verdad, pero sí podemos guiar el barco por un movimiento del timón.”

La mujer que acciona su máquina de coser y además realiza con ella el trabajo más intrincado de su confección, puede, sin embargo, debido a su gran práctica, pensar al mismo tiempo en cosas diferentes, e incluso dirigir una mirada a la calle, si está cerca del balcón, cantar, hablar, etc., sin que por ello perjudique en lo más mínimo su trabajo; si hace todo esto es porque tiene a su servicio un fiel compañero, la mente subconsciente, que vela por ella y por todos sus actos. Lo mismo ocurre con la mecanógrafa, que escribe con una rapidez extraordinaria mientras piensa en un nuevo sombrero o en el vestido que podrá arreglarse. En algunos casos podrá *sentir* que ha omitido una coma u otro signo cualquiera y podrá corregir fácilmente el error. En muchas escuelas de mecanografía enseñan a escribir por el tacto, esto es, sin mirar al teclado, por lo cual muchas de las alumnas son capaces de escribir a oscuras.

Otro tanto ocurre con el linotipista, que coloca su original ante la vista y compone a la mayor velocidad, casi sin darse cuenta de lo que hay escrito en las cuartillas. Sus dedos vuelan sobre las teclas y sus ojos están fijos en la copia; pero su mente está muy alejada de lo que mira y lo que hace. Corrige nuestra puntuación y suple nuestras faltas de ortografía cometidas al correr de la pluma y, sin embargo, no llega a formarse una consciente impresión mental de lo que lee y cuando ha terminado su trabajo es incapaz de decir si lo que ha compuesto es una página de Pérez Galdós o un artículo de Cavia. Y, sin embargo, él puede subconscientemente leer y colocar el tipo correspondiente a cada letra y formar las palabras y los párrafos sin que le quede nada del texto en la memoria. No obstante, la prueba que se saca del trabajo del linotipista contiene errores, en mayor o menor número, según su habilidad, y que él mismo no podría ver si no lo marcara el corrector.

Los operadores telegrafistas ofrecen el mismo grado y carácter de mentación subconsciente. Pueden recibir o enviar largos despachos sin preocuparse de lo que dicen y permanecer totalmente inconscientes de las noticias que han transmitido. No prestan atención consciente a la materia, cualquiera que sea, que pasa por sus manos.

Cuenta el biógrafo de un notable electricista, que trabajando en la oficina principal de una compañía telegráfica establecida en una populosa ciudad, recibió un despacho para la prensa que contenía la noticia del asesinato del Presidente Lincoln. El operador tomó el texto del telegrama, lo escribió y lo sometió a todos los trámites ordinarios, sin enterarse de la noticia. Después empezaron a llegar detalles que fueron tomados exactamente, sin que tampoco el operador se diera cuenta de la importancia de lo que estaba haciendo. Horas más tarde otro de los operadores que estaba con permiso acudió a la oficina para preguntar a sus compañeros detalles sobre la muerte del presidente, que acababa de leer en los periódicos. Los operadores se mostraron extrañados de la noticia hasta que, ante la insistencia del otro, se decidieron a consultar las matrices de los telegramas, comprobando entonces que la noticia había pasado por sus manos muchas horas antes. Este es, desde luego, un caso excepcional por la importancia de las noticias en cuestión.

Cuando se camina sobre la ruta acostumbrada, el que la atraviesa no se da cuenta de sus pasos, pero no se equivoca ni una sola vez. Lo mismo es aplicable en alto grado a aquellos que tienen “algo en la mente” y van a su casa preocupados con sus cavilaciones o pensamientos. Sorteando obstáculos, vuelven las esquinas, evitan el paso de los coches y automóviles, todo inconscientemente, sin interrumpir su sueño diurno, y finalmente se

encuentran a las puertas de su hogar. Es el fenómeno del sonambulismo o de dormir andando, en su mínimo grado. Una consideración sobre la materia podrá convencer a todas las personas que el 90 por 100 de sus actividades mentales están desarrolladas por la mente subconsciente. La mente consciente representa tan poco como el piloto en el bajel, mientras que la subconsciencia es el ingeniero que lo ha construido.

→

Con la Sugestión y la Autosugestión, la Nueva Psicología proporciona el secreto de adueñarse del Hábito. Mientras es cierto que el Hábito manda en el individuo, no lo es menos que el individuo puede crear su propios hábitos, puede establecer hábitos deseables y neutralizar o anular aquellos que no desea. La autosugestión, apropiadamente usada, según los métodos de la ciencia, convierte al individuo en el dueño de sus propósitos. En el volumen de esta serie titulado *Las Fuerzas Ocultas* hemos tratado detalladamente de los métodos aprobados y empleados por los más eminentes psicólogos para el cultivo de los hábitos deseables y la destrucción de los perjudiciales. La persona que descuida esta importante materia se coloca asimismo en una posición desventajosa y rechaza uno de los más eficaces instrumentos mentales forjados por la Ciencia Moderna. En la Autosugestión tenemos la clave de la Formación del Carácter, incluyendo la soberanía sobre el hábito.

CAPÍTULO X

LA SUBCONSCIENCIA Y EL CUERPO

La mente subjetiva fiscaliza las actividades y funciones del cuerpo. – De qué modo las emociones obran sobre los sentimientos y la salud. – El secreto de la sugestión hipnótica. – Efecto de la sugestión sobre el organismo. – La sugestión terapéutica.

Ahora está generalmente admitido por las autoridades en la materia que la mente subconsciente tiene a su cargo la fiscalización de las actividades y funciones orgánicas. Muchas personas creen que los órganos físicos “accionan por sí mismos”, como las ruedas de un reloj que sólo necesita que se les dé cuerda. Pero es evidente la presencia de la mente en todas las actividades del cuerpo, lo mismo que en los movimientos y actividades de las células. La afirmación de Hudson de que “la mente subjetiva tiene a su cargo la absoluta fiscalización de las funciones, condiciones y sensaciones del cuerpo”, ha sido corroborada por los más modernos investigadores.

Como Schofield ha dicho:

“La mente subconsciente, además de las tres cualidades que muestra en unión con la consciente, es decir, voluntad, intelecto y emoción, tiene sin duda, otras de verdadera importancia: la nutrición o mantenimiento del cuerpo.”

Von Hartmann manifiesta:

“La explicación de las actividades físicas inconscientes en sus apropiadas formas no sólo no es contradictoria, sino que presenta todas las posibles analogías en los más diferentes departamentos de la vida física y animal en su favor y aparece como un hecho científico cierto, desde el efecto a la causa.”

Maudsley se expresa como sigue:

“La conexión de la mente y el cuerpo es tanta, que todo estado mental tiene su reflejo en el cuerpo.”

Carpenter dice:

“Si una psicosis o estado mental, el dolor por una punzada, es también una neurosis producida por una psicosis. Que los antecedentes mentales atraen fuera las consecuencias físicas, es tan cierto como que los antecedentes físicos se reflejan en las consecuencias mentales.”

Tuke ha dicho:

“La mente, por el conducto de los nervios sensoriales, motores, vasomotores y tróficos, produce cambios en la sensación, en la contracción muscular, la nutrición y la secreción. Si el cerebro es un antecedente de un corpúsculo corporal y la he precedido en su inmediata relación con las estructuras y tejidos, es indudable que el pensamiento continuará su propia acción, mientras que el cerebro actuará sobre los tejidos musculares, las funciones orgánicas y hasta sobre el mismo sistema nervioso.”

Hay que tener en cuenta que Tuke emplea la palabra “cerebro” como sinónimo de “mente”.

Von Hartmann dice:

“Cuando se desea ejecutar un acto consciente, mecánicamente se evoca la inconsciencia para que instituya los medios de llevarlo a efecto. Así, si yo deseo una abundante secreción salival, la voluntad consciente excitará a la inconsciente para que instituya los medios necesarios para conseguirla. Muchas madres saben que sólo la vista de los hijos que amamantan les produce una copiosa secreción láctea. Hay gentes que transpiran instantáneamente. Yo ahora tengo el poder de reducir instantáneamente el más fuerte hipo por mi propia voluntad, cosa que antes era para mí una gran molestia...”

La tos, cuando no obedece a una causa mecánica, puede ser permanentemente suprimida por la voluntad. Yo creo que podríamos poseer en mayor poder de voluntad sobre nuestras funciones corporales, sólo con que nos acostumbraríamos desde la infancia a establecer experimentos y a practicarlos por nosotros mismos... Hemos llegado a la conclusión de que cada acción de la mente sobre el cuerpo, sin excepción, es sólo posible por el conducto de la voluntad inconsciente, que cada llamada de la voluntad inconsciente puede hacerse en parte por medio de la voluntad consciente, y en parte también a través de la idea consciente del efecto, sin necesidad entonces la voluntad consciente, pero nunca en oposición a ésta.”

Wundt dice:

“Los fenómenos mentales no pueden referirse al cuerpo como los efectos a las causas, sino que más bien se trata de una coordinación uniforme entre el proceso mental y un proceso físico, definido en el cerebro. La conexión sólo puede considerarse como un paralelismo de dos series causales, una junto a otra, pero nunca interviniendo la una en la otra, en virtud de la incompatibilidad de sus términos.

Es un paralelismo psíquico-físico.”

Porter dice:

“Todas las intervenciones del espíritu ilimitado en la materia limitada que no tienen relación entre sí, quedan al margen por el hecho obvio de que cada una afecta a la otra. El

espíritu puede actuar sobre el cuerpo y, por actividades conscientes o inconscientes, moldear un espacio para que se aloje y un instrumento para que lo use.”

Schofield manifiesta:

“Los centros mentales corticales tienen el poder de influir directamente en las funciones fisiológicas y en la nutrición de los tejidos... El ir a dormir es, sin duda, en gran parte el resultado de ciertas sugerencias de la mente subconsciente, que también conducen a la conscientividad de un sentimiento general cuando nos despertamos después de un largo sueño; cuando no se ha dormido lo bastante, ocurre lo contrario.”

Maudsley dice:

“El sentimiento físico general que resulta de la sensación de los diferentes procesos orgánicos, no se obtiene por ninguna conscientividad definida.”

Schofield añade:

“Sólo ciertos sentimientos mentales parecen relacionados con definidas partes del cuerpo (el amor con el corazón, la melancolía con el hígado), mientras que cuando se trata de llegar al más elevado punto del conocimiento mental, ha habido siempre la tendencia a dirigir los pensamientos a la boca del estómago o al ombligo, porque allí reside el gran plexo solar, el centro del sistema simpático.... Muchos sentimientos se relacionan con esta región, y así hablamos de historias tétricas, de pensamientos tétricos, etc.... Las funciones orgánicas o vegetativas son especialmente afectadas, lo mismo que la piel y el vello, por las emociones. Un corto tiempo de una extrema perturbación puede hacer aparecer a un hombre más viejo de lo que realmente es. El ojo puede perder su brillo, la faz se volverá rugosa y demacrada, las cejas y el cabello blanquean. El miedo puede impedir la transpiración y producir enfermedades cutáneas.”

Carter cuenta este caso:

“Una señora dejó caer una fuente sobre la mano de su hijo, machacándole tres dedos. La madre sintió un gran dolor en la misma mano, por lo que llamó al mismo médico que había curado a su hijo, y, después de examinarla observó gran inflamación en los mismos tres dedos, que tuvo que abrir para evacuar el pus.”

Von Hartmann dice:

“La influencia de las más disemejantes emociones en las funciones secretoras es bien conocida: por ejemplo, ira y tristeza en la bilis y la leche.”

James dice:

“La mente inconsciente, cuando se revela por el hipnotismo, puede ejercer un maravilloso *control* sobre los sistemas nervioso, vasomotor, circulatorio y otros. Una persona hipnotizada puede mantener indefinidamente su brazo en una penosa contracción,

puede oler amoníaco y creer que es agua de rosas... Esto no parece razonable ya que en ciertos individuos se pueden producir por la sugestión ardores, congestión, ceguera, hemoptisis, erupciones de la piel, etc.”

Braid dice:

“La expectación de una creencia en algo o simplemente la esperanza, basta para cambiar la acción física de un órgano... La impresión de frío o calor puede ser abolida por la mente inconsciente, y por el mismo medio se puede aumentar la temperatura de la sangre.”

Schfield dice:

“El efecto de una píldora purgante puede reducirse a la *nada* y producir sueño al que la toma si se le hace creer que contiene opio en lugar de coloquintida y calomelanos. En cambio una píldora de opio puede producir el efecto de un purgante si se ha hecho creer al que la ingiere que se componía de materias laxantes. Enseñad a una persona grabados que representen escenas placenteras o alegres y le veréis cambiar gradualmente la expresión de su cara. Si vuestro rostro expresa una pasión, tenderéis a sentir esa pasión.

Es verdaderamente curioso el hecho de que coloquemos nuestros cuerpos en actitudes correspondientes a nuestros distintos estados mentales, del mismo modo que determinadas actitudes corpóreas pueden causar los estados mentales correspondientes. Si procuramos ver una cosa con el pensamiento, frecuentemente ofrecerán nuestros ojos una extensa y extraña expresión. Si permanecemos en un estado de deleite, nuestros ojos tendrán la expresión del éxtasis. Algunas palabras, incluso parecen tener buen o mal sabor. ¡Con qué intensidad una gran pena paraliza el cuerpo! Un fracaso amoroso afecta al organismo, mientras la impresión de la ruptura de un contrato puede producir una profunda anemia o encanecer nuestros cabellos en 24 horas.”

Braid explica lo siguiente:

“Yo pasé un supuesto lápiz de oro de la muñeca a los dedos de una señora de cincuenta y seis años sin tocarla, y en el acto experimentó ella una repulsiva y dolorosa sensación que duró hasta que la hice creer que me había guardado el lápiz en el bolsillo. Sin embargo, yo no había hecho nada, de modo que todas aquellas sensaciones fueron causadas por la mente actuando sobre el cuerpo. Con otra señora, tomé un par de tijeras y las pasé de encima de la mesa a su muñeca, pero sin tocarla, e inmediatamente experimentó una molesta sensación seguida de un dolor espasmódico muscular que cesó tan pronto como dejé las tijeras sobre la mesa.

En Londres, un médico que mesmerizaba por medio de una magneto, tenía a un enferma con sueño magnético. Según me dijo, el simple contacto con la magneto bastaba para provocar un estado de rigidez alarmante en sus miembros, sobre todo en las manos. Yo entonces le comuniqué que llevaba en mi bolsillo un pequeño aparato, tan completo como eficaz, y me ofrecí a usarlo en un enfermo, al cual yo nunca había visto antes, y que estaba dormido cuando entré en la habitación. El instrumento que yo llevaba tenía sólo tres

pulgadas de largo y era del peso de una pluma de ave, con un anillo completamente rígido. Yo entonces le pasé el aparato por las manos y los brazos y luego lo dejé en contacto con él. Al cabo de un rato lo tomé de nuevo y ya la enferma podía cerrar y abrir las manos, con gran sorpresa del doctor, que me dijo no conocía un instrumento de efecto tan poderoso como aquél. Yo no quise explicarle de momento en qué consistía y continué operando. Al segundo contacto la rigidez comenzó a ceder y a poco despertó la enferma. Entonces apliqué el anillo de mi aparato al dedo medio de su mano derecha y pregunté al doctor si quería que la durmiese de nuevo, a lo que contestó que él nunca había podido hacerlo. Yo le manifesté que estaba seguro de conseguirlo, como en efecto sucedió. Habiéndola despertado por segunda vez, coloqué el instrumento en el dedo anular de su mano izquierda y le pregunté si tenía sueño, contestándome que no. No obstante, volví a dormirla, ya sin ninguna señal de rigidez en los miembros superiores, que continuaron en el mismo estado de flexibilidad cuando la desperté. Entonces expliqué al doctor que el maravilloso instrumento que había usado era sencillamente la llave y el anillo de mi portamonedas.”

El caso citado por Braid constituye uno de los más típicos ejemplos de sugestión encubierta y tiende a probar que el esfuerzo de los sugestionadores en el fenómeno del hipnotizador es causado pura y simplemente por la sugestión y no por los pases exteriores, instrumentos y demás fantásticos accesorios de los mesmeristas. Citaremos otro, encaminado, como en el anterior, a demostrar el efecto de aceptar sugerencias sobre las regiones subconscientes de mentación y las manifestaciones físicas resultantes de ellas.

Tuke cuenta de una mujer que sufrió un fuerte ataque de reumatismo agudo oyendo decir que su marido había sido víctima de un serio accidente. Y añade:

“La emociones placenteras dan firmeza y regularidad al corazón, provocan la circulación de la sangre, aumentan la secreción gástrica y hacen más firmes y regulares las contracciones musculares del estómago... Juan Humter dice que estaba sujeto a un espasmo de sus partes vitales cuando esperaba ansiosamente cualquier acontecimiento, por poca importancia que tuviese.

“El Dr. Leith habla de que estaba inclinado a dudar de los beneficios del Naufreim (un tratamiento para el corazón), hasta que le fueron explicados ampliamente sus efectos; una vez más interviene con eficacia el factor mental. Malebranche relata que cuando leyó el tratado de Descartes *Del hombre*, le produjo violentos latidos del corazón, a causa del maravilloso poder que le obligaba a abandonar por segunda vez la vida libre.

Schofield dice:

“La alegría aumenta las palpitations del corazón a causa de la mayor fuerza de la acción vital: el terror produce el efecto contrario. Como principio general, las emociones placenteras aumentan las funciones vitales y las penosas la deprimen. La acción del corazón es grandemente afectada por la emociones a través del sistema simpático; es vivificada o retrasada o obstruida por la sacudida mental a través de los nervios. Los movimientos del corazón son alterados y las peculiaridades de sus latidos exageradas cuando la atención se concentra en algo...”

“Cuando el Doctor Koch, de Berlín, comenzó sus experimentos sobre la aplicación de la tuberculina, pudo observar como consecutivos a la inyección una serie de síntomas iguales a los de la tuberculosis, entre ellos una elevación de la temperatura después de muchas horas. Este fenómeno causó gran ansiedad a los pacientes; inyectados con agua pura, sobrevino también la fiebre. La formación de ampollas serosas después de la aplicación de simples estampas o trozos de papel sobre diferentes partes del cuello del paciente en estado hipnótico, corrobora indudablemente esta verdad.”

En un artículo de los “Proceedings of The Psychical Research Society” leemos:

“El Dr. R. Von Krafft Ebing ha producido una elevación de temperatura de 37° C. A 38°5 en un enfermo cuya mente había fijado por sugestión y el Dr. Binet consiguió hacer descender la temperatura de la mano a 10° C.”

¿Cómo puede ser, preguntamos, que sólo con las palabras, su mano esté fría, y se llegue a este maravilloso resultado?

Tuke dice:

“Una señora vio a un hijo suyo en inminente peligro de que una puerta de hierro le aplastase un tobillo. Sintió una agitación, seguida de un intenso dolor en su mismo tobillo, costándole gran esfuerzo llegar a su casa, pues apenas podía andar; examinado el pie se le encontró un círculo de color rojo alrededor del mismo y una mancha aún más extensa. Al día siguiente todo el pie estaba inflamado, durando tal estado más de una semana... Una joven presenció la incisión de un absceso en la axila e inmediatamente sintió gran dolor en esta región, seguida de inflamación. El Dr. Marmise, de Burdeos, habla de una señorita soltera a cuya institutriz tenían que operar, y cuando el cirujano le colocó la lanceta en el brazo, sintió una aguda punzada en el suyo propio, que apareció manchado pocas horas después.”

El Profesor Barrett dice:

“Aunque no es muy conocido, no es por eso menos cierto el hecho de que se puede producir cambios fisiológicos en un individuo hipnotizado meramente por la consciente o inconsciente sugestión mental. Así, una roja cicatriz, o una dolorosa quemadura o bien una figura de forma definida, o simplemente una cruz o una inicial, pueden causar la aparición en el cuerpo de semejantes fenómenos sólo con sugerir la idea de ellos. Para crear algún trastorno local de los vasos sanguíneos de la piel, bastará inducir a la inconsciencia en este sentido. Existen casos bien comprobados de estigmas en los que una estrecha semejanza con las llagas del cuerpo de Cristo crucificado aparece en el cuerpo de la persona que está en éxtasis místico. Este es un caso de inconsciente autosugestión despertada por la adoración de la imagen del Redentor. Con la expectación de la propia consciencia aparecen los ocultos poderes, mientras que el éxtasis y la imitación de las llagas son estrictamente paralelas a los casos experimentales referidos.”

Schofiel dice:

“La voluntad puede producir tos, pero no un estornudo. La tos histérica, o mental y la *dispnoea* o respiración corta, son bien conocidas. No se puede respirar naturalmente cuando la acción es conducida por la conscientividad. Cuando un paciente dice que respira con naturalidad e intenta ensayarlo con fuerza, el resultado es frecuentemente ridículo. Las emociones producen una sensación de sofocación, alterándose también las funciones respiratorias. La alegría produce *eupnoea* o respiración amplia, mientras que el pesar, o más bien el dolor, tiende a la *dispnoea* o dificultad de respirar. El bostezo es producido simplemente por imitación, tanto como por el sueño o el tedio.

“El Dr. Morton Prince habla de una señora conocida suya que cada vez que colocaba una rosa en su habitación se veía aquejada por un fuerte catarro nasal con fiebre. Una vez hizo colocar él una rosa de trapo, y el efecto fue idéntico. Entonces explicó a la señora que se trataba de una flor artificial, y los síntomas desaparecieron. Muchos casos de fiebre tienen frecuentemente el mismo origen en la mente subconsciente...

“La respiración está casi suspendida durante un intenso trabajo intelectual. Podemos ver y oír, pero no respirar... A consecuencia de una emoción, el cabello puede volverse gris o blanco en pocas horas o en menos tiempo... Si los pensamientos son fuertemente dirigidos al tubo intestinal, es posible producir una poderosa acción peristáltica. Muchos vómitos tienen por origen una causa mental, aparte de las enfermedades cerebrales orgánicas. Las malas noticias pueden producir náuseas, lo mismo que la emoción o la vista de otra persona que vomite, o ciertos olores o ideas, como el pensamiento de un viaje por mar o de que se ha tomado un emético. El pensamiento de un plato sabroso produce una copiosa corriente de jugos gástricos en el estómago y una abundante salivación en la boca.

“La dispepsia histérica, el eructo, el vómito y la gastralgia son comunes... Al pensamiento de un fruto ácido se nos hace la boca agua. El miedo puede secar la garganta hasta el punto de no poder tragar nada. Esta es una ley fisiológica que se aplica en la India para el descubrimiento de los asesinos. El hombre de que se sospecha se le hace tragar un puñado de arroz. Si puede hacerlo se le considera inocente, y si no lo traga, es condenado. Los vómitos en casos de envenenamiento no son siempre producidos por irritación del estómago. En muchos casos son el resultado de un mecanismo protector. Por la misma razón disminuye el apetito en los ataques biliares.”

El Dr. Murchison dice que es bien evidente que la influencia nerviosa no sólo puede producir desarreglos funcionales, sino que puede curar enfermedades estructurales del hígado. A una joven que no podía ser curada de unos vómitos que padecía, se la indicó que se casara. Esto bastó para que se curara y cesaran los vómitos.

Sir James Pagar habla de un caso verdaderamente importante de *parotitis*, o inflamación de las glándulas salivales, ocurrido a una mujer de 69 años a la vista de un alimento ácido. Desde niña la trastornaba la sola vista del vinagre.

Y ahora, después de citar tantos testimonios relativos al efecto de la mente subconsciente sobre el cuerpo, procederemos a considerar el efecto de la sugestión, a través de la mente subconsciente, sobre el organismo. Esta fase del asunto nos da la más convincente evidencia de la existencia de la mente subconsciente y de su poder denominador sobre las funciones orgánicas.

Desde los tiempos más remotos han existido variadas formas y métodos de influencia de la mente subconsciente, en el sentido de producir un efecto determinado sobre el funcionamiento de los órganos físicos y de las partes del cuerpo. Bajo diferentes maneras por el uso de símbolos variados, por el empleo de diversos métodos, con nombres distintos, siempre ha sido practicada esta forma terapéutica. En la mayoría de los casos ha sido disfrazada bajo la forma de religiosas o semi-religiosas ceremonias en más o menos elevado grado. Y, del mismo modo, se ha encontrado disfrazada a guisa de símbolos, remedios o aplicaciones de un supuesto valor terapéutico. Pero, de un modo o de otro, el psicólogo es capaz de discernir la forma del uso familiar de sugestión adecuada para inclinar la mente subconsciente a la actividad y normal funcionamiento.

Entre las tribus de Africa encontramos la casta de magos o médicos que con ridículas y grotescas ceremonias ahuyentan la enfermedad de entre los hombres de su tribu. Muchos de estos magos son impostores, mientras que otros son neurasténicos que trabajan bajo un estado de excitación emocional, considerada generalmente como una segunda prueba de poder sobrehumano. En Australia existen los *koonkie*, que pretenden tener el poder de transferir la enfermedad desde el cuerpo del paciente a un objeto inanimado cualquiera. En Hawai encontramos a los *Kahuna*, que con sus conjuros expulsan las enfermedades de los pacientes. En Siberia desempeñan este papel los *shaman*, o sacerdotes de la salud, que dicen tener el poder de curar las enfermedades. En las Antillas, los *bohuti* curan por medio del éxtasis y de manifiestos engaños. En China podemos encontrar una casta de sacerdotes que se valen de medios extravagantes para curar las enfermedades. En el Japón, entre las clases ignorantes, también se emplean los medios sobrenaturales para este efecto, y en la India forman legión los sacerdotes de la salud. En todas partes son enjambre los falsarios y encantadores.

No sólo en los modernos tiempos, sino hasta en los más remotos existían los médicos-sacerdotes. En Asiria y Babilonia los sacerdotes desarrollaron el arte de expulsar los demonios del cuerpo por medio de sus artes mágicas. Entre los judíos, curaban las enfermedades con discursos y ceremonias. Los egipcios tenían sus templos sagrados, en lo que los enfermos volvían a la salud por medio de ceremonias religiosas. Los griegos y romanos poseían sus altares y lugares sagrados, destinados al mismo efecto. En una palabra, desde que el hombre vive han existido prácticas religiosas o semi-religiosas para curar las enfermedades. Y aun hoy encontramos en pleno vigor la práctica, con sus variadas formas de sagrados altares, santas reliquias y varias ceremonias en que la religión y la psicoterapia se confunden frecuentemente a veces de un modo grotesco.

Los modernos psicólogos han tratado de descorrer valientemente el velo que cubría esas “curas sacerdotales”. Ellos son los que han demostrado la evidencia de que en todas esas semisupercherías se encuentra el principio de sugestión en el sentido de estimular la mente subconsciente hacia un correcto funcionamiento físico

El principio fundamental de esas curas es verdaderamente simple en sus elementos básicos y en sus métodos. El conocimiento de los métodos puede ser capaz en cada uno de duplicar el maravilloso poder de las curas religiosas, teniendo en cuenta que las condiciones son igualmente favorables. Es cierto que las emociones religiosas estimuladas en el sentido de una intensa actividad de los poderes de la mente subconsciente alcanzan con frecuencia un grado no igualado por ninguna otra forma de apelación. Pero la ciencia puede ahora demostrar que la forma de sugestión religiosa es eficaz, no por lo que tiene de religiosa, sino por lo que encierra de sugestión, que es uno de los más valiosos medios terapéuticos que se conoce.

Pero no es sólo en el campo de la terapéutica religiosa donde podemos limitar nuestras investigaciones sobre este asunto. La historia está llena de ejemplos que se extienden a las más diferentes manifestaciones. Podemos citar la curación de una epidemia de escorbuto durante el sitio de Breda (1625). Toda la guarnición estaba afectada de esta dolencia y la situación era grave. El Príncipe de Orange puso en lugar seguro tres frasquitos de alcanfor que poseía, y después de pintorescas ceremonias, durante las cuales se mezcló la desconocida droga con grandes cantidades de agua, se administró una mínima porción de la mixtura a cada soldado, curando todos por ensalmo. Sir Humphery Davy cuenta el caso de un paciente que sufría una serie enfermedad. Deseando comprobar su temperatura le uso el termómetro clínico en la boca, bajo la lengua. El enfermo imaginó que se trataba de un nuevo y poderoso medicamento y declaró que a partir de entonces se encontraba mucho mejor. Continúo el tratamiento, sin que el médico enterase del engaño al enfermo, y pocos días después estaba completamente bueno. El Doctor Gerbe, de Pisa, curó centenares de dolores de muelas con sólo emplear medios puramente sugestivos.

Schofield relata los siguientes interesantes casos:

“Un cirujano que fue nombrado director de un hospital, al entrar se encontró con un niño que se había roto el espinazo cinco años antes y desde entonces no se había podido levantar de la cama. Todo aquel tiempo había permanecido paralizado en un lecho y no tenía la menor sensación; y desde luego, no podía hacer ningún movimiento. Después de un cuidadoso examen, el cirujano explicó minuciosamente al muchacho la poderosa naturaleza de la batería eléctrica y le dijo que al día siguiente le haría una aplicación. Al mismo tiempo le enseñó una moneda, prometiéndole que se la daría si después de la aplicación eléctrica podía hacer algún movimiento. En dos semanas el muchacho pudo pasearse por el parque y su curación fue objeto de un artículo en *The Lancet*...

“Una joven señora que dos años y medio antes había tomado éter, estaba tan saturada de este álcali, que siempre se quejaba de que el olor no la dejaba dormir. Bastó una ligera sugestión para que desapareciera la molesta sensación...

“Una pobre mujer fue conducida en una camilla a un hospital de Londres por dos señoras que manifestaron que sufría desde dos años antes de una incurable parálisis espinal, que antes de decidirse a llevarla al benéfico establecimiento, habían agotado todos los medios que la ciencia ofrece. En dos horas la curé por medio de la influencia mental y

pudo regresar a su casa, completamente restablecida. Otro ejemplo notable es el de un niño paralítico que había sido conducido desde el campo al *Hotel Dieu de París*.

“El niño había oído hablar de la maravillosa metrópoli, de sus magníficos hospitales, de sus milagrosos médicos y de sus asombrosas curaciones, y así, vivamente impresionado por la idea de que se encontraba en un medio propicio a su curación, al otro día se sintió mucho mejor. El buen doctor acababa justamente de hacer la visita y hasta el tercer día no tuvo ocasión de ver al nuevo paciente; la primera visita causó una extraordinaria impresión en el niño, que poco después abandonaba el hospital completamente restablecido.”

El interesante caso de Elijah Perkins nos da una idea completa de lo que se puede hacer por el despertar de la atención expectante y de la del público en algunos nuevos conceptos o métodos con los cuales está absolutamente identificado. Este caso nos lo cuenta el doctor Patton en la siguiente forma:

“la más consumada prueba de la verdad de nuestro texto nos la proporciona un fraude que tuvo su origen en nuestra propia comarca, hace cien años. Un ignorante herrero, Elijah Perkins, de Connecticut, en los momentos que el yunque le dejaba libres, se dedicaba a soldar varios trozos de metal con lo que tenía la intención de fabricar un aparato que, aplicado al cuerpo, curase las enfermedades. Después de algún tiempo exhibió el aparato en cuestión, al que le dio el nombre de “Tractor metálico”, y que en realidad no era más que un par de tenazas de unas seis pulgadas de largo, con una de sus partes de bronce y la otra de acero. Su empleo consistía en aplicarle a la región enferma tanto tiempo como fuese posible, siempre en dirección hacia abajo. El tractor fue ensayado en gran variedad de enfermedades externas e internas, con resultados curativos maravillosos que parecían efectuados por la mediación directa de algún poder omnipotente, y no por ningún medio natural.

“El tratamiento fue llamado “Perkinismo”, en honor del inventor, y era tal la demanda, que no se podía dar abasto. La locura del “perkinismo” no se limitó a los Estados Unidos, sino que se extendió a Inglaterra y parte del continente europeo, estableciéndose numerosos hospitales a base de aquel tratamiento. En un breve período de tiempo se llevó a cabo en Europa 1.500 curaciones. Cuando la superchería había llegado a ese período culminante, el Doctor Haygarth, de Londres, determinó comprobar los efectos que podía adjudicarse a la imaginación. Para ello, construyó algunos aparatos de madera, pero de igual forma que los tractores, y con gran solemnidad aplicó el aparato a buen número de enfermos, a los que previamente había preparado acerca de su poder curativo. Los efectos fueron exactamente los mismos. Dolores persistentes en el hígado, fueron curados para siempre; personas que tenía que permanecer inmóviles, echaron a andar, y, en una palabra, excepto la renovación de miembros perdidos o el cambio de la estructura mecánica, nada parecía resistirle al maravilloso poder.”

La Ciencia de la Terapéutica por Sugestión que tan rápido incremento ha adquirido en nuestros días, y que ha encontrado la aprobación y recomendación de los hombres más eminentes se basa en el reconocimiento de la existencia de las actividades mentales subconscientes y en el efecto sobre el organismo físico. La Terapéutica por sugestión, o

Psicoterapéutica, tiene por base el principio activo del hecho de que la subconsciencia es susceptible de sugestión, y de que por medio de la sugestión las actividades subconscientes pueden ser dirigidas en el sentido de restaurar el normal funcionamiento de los órganos físicos. En el volumen titulado “Las Fuerzas Ocultas” hemos dedicado mucho espacio a la Terapéutica por Sugestión. A él enviamos al lector que quiera conocer más pormenores.

CAPÍTULO XI

LAS OBSCURAS REGIONES

Los fenómenos llamados “sobrenaturales”. – Su origen y su acción. – El hipnotismo. – La Telepatía o transmisión del pensamiento, la clarividencia o vista a distancia. – La psicometría y otros fenómenos similares.

En los capítulos precedentes hemos examinado el fenómeno de ciertas regiones subconscientes mentales, regiones que yacen bajo el campo de la conscientividad cotidiana. Hemos visto que esas regiones de mentación manifiestan actividades resultantes de pasadas impresiones, raciales o individuales, que se habían fijado antes. Al final de este libro hablaremos de las regiones superconscientes mentales, en que se manifiestan impresiones nuevas para la raza y que no han sido antes experimentadas por la raza ni por el individuo. En esta elevada o superconsciente región, las simientes de los pensamientos darán sus frutos en las futuras regiones de la raza, bien que, accidentalmente, se manifieste a veces como un vislumbre de la elevada mentación en los cerebros de algunos hombres actuales. La subconsciencia es el resultado del pasado; la superconsciencia pertenece al futuro.

Pero, además de esas dos grandes regiones de la mente, existen otras cuya clasificación es difícil. Empleando un imperfecto ejemplo, podemos decir que las actividades subconscientes son semejantes a las notas bajas del teclado de un piano, mientras que las actividades superconscientes podrían compararse a las notas altas. Usando el mismo símil, podríamos decir que las *demás* actividades son los *sostenidos* y *bemoles* del teclado, las teclas negras. Esas *otras* actividades, los sostenidos y bemoles de la escala mental, son generalmente conocidas como “fenómenos psíquicos”, y en su término se verifican los fenómenos fisiológicos más o menos insólitos, inclasificados o anormales. Es cierto que muchos psicólogos rechazan tomar en consideración dicho fenómeno, alegando que no existen pruebas para ello.

Pero, en vista del número de autoridades científicas que atestiguan las experiencias en ese sentido, y de los trabajos de la *Sociedad de Investigaciones Psíquicas*, nos creemos en el deber de hacer breves consideraciones sobre el fenómeno en cuestión en este libro. Pero, si admitimos la verdad del fenómeno, o de parte de él, debemos incluirlo en la categoría de las actividades de las grandes regiones infraconscientes de la mentación. El fenómeno existe, aun cuando no se haya explicado hasta el presente, lo cual no es razón para relegarlo a los dominios de lo “sobrenatural”, puesto que claramente pertenece al reinado de las naturales actividades de la mente. Una buena consideración sobre esta fase del asunto, nos demostrará la verdad de lo que decimos. No intentaremos entrar en una completa explicación del fenómeno, porque esto sería salirse de los límites de la presente obra.

Hudson atribuye a la “mente subjetiva” las cualidades de telepatía, clarividencia, doble vista, etc., considerando las formas de telepatía como manifestaciones de la mente subjetiva. Le atribuye igualmente la cualidad de *telekinesis* o movimiento de los cuerpos ponderables. Como él dice, “son muchos los caminos por los cuales pueden ser conducidas las operaciones de la mente subjetiva. Cuando se opera por cada uno de los diferentes métodos, se produce el fenómeno. Cada uno de estos fenómenos ha sido, durante muchos períodos de la historia de la humanidad, atribuido a la influencia de espíritus desligados del cuerpo. Tales fenómenos son los que llamamos clarividencia, clariaudiencia, telepatía, mesmerismo o hipnotismo, escritura automática, percusión de sonidos, movimiento de los cuerpos ponderables y apariciones fantásticas. Esos fenómenos han cesado ya de ser considerados como sobrenaturales, y ahora son reconocidos como poderes inherentes a la humanidad.”

Nos permitiréis, pues, que hagamos una rápida revista de los fenómenos psíquicos relacionados con las regiones mentales infraconscientes.

El *Hipnotismo* es, sin duda, un fenómeno de la mente subconsciente. Mientras las sugerencias pueden ser, y frecuentemente son, aceptadas por la mente consciente, las que conocemos como *sugerencias hipnóticas* sólo pueden ser aceptadas por la mente subconsciente cuando las facultades de esta naturaleza han pasado a un estado pasivo. Cuando este estado se produce, la mente subconsciente acepta las sugerencias de un extraño y puede proceder a razonar sobre ellas más tarde. En estas condiciones, las sugerencias tienen un efecto exagerado y las impresiones pueden ser hechas sobre la mente subconsciente y tienden a persistir después que la persona ha despertado de su estado hipnótico.

La *Telepatía* o Transmisión del Pensamiento, pertenece a la región subconsciente mental. Sin intentar establecer consideraciones sobre cada una de las varias teorías expuestas por las diferentes escuelas, podemos decir que el conjunto de la teoría relativa a la *transmisión* de los mensajes mentales demuestra que la *recepción* del mensaje puede ser una función de la mente subconsciente, o una mínima facultad de la mentalidad infraconsciente. Lo cierto es que está fuera del alcance de las facultades conscientes.

La *Clarividencia*, o Vista a distancia, debe pertenecer también al reino de la infraconsciencia. Muchas autoridades aseguran que es una forma de Telepatía, mientras que otros creen que se trata de un fenómeno *suigéneris*, aparte y distinto de la Telepatía y demás manifestaciones psíquicas.

La *Psicometría* y otros fenómenos similares, incluso los de Sensación a distancia, son aceptados como una teoría psicológica explicable; sin embargo, si se les acepta en todas sus partes, se tendrá que considerarlos como pertenecientes a los dominios infraconscientes de las actividades mentales.

Es más difícil clasificar los fenómenos de esta naturaleza, porque mientras no pertenecen a las actividades superconscientes, pueden ser considerados como heredada experiencia de la subconsciencia. Es cierto que entre algunas de las razas inferiores de la humanidad encontramos individuos que poseen esos poderes, del mismo modo que los

encontramos en los individuos más cultos. No parece, pues, que sea una materia de “superioridad” o “inferioridad”, sino más bien algo que va paralelo a través de nuestras ordinarias regiones de conscientividad, algo de la naturaleza de los “sostenidos y bemoles”, como ya hemos dicho.

No intentaremos, pues, entrar en una discusión teórica en lo que concierne a esas *otras* actividades de la infraconsciente actividad. Nuestro cometido en este libro es el examen de las más comunes y normales actividades de esas regiones. Al intentar considerar esas *otras* regiones traspasaríamos los límites razonables de nuestra obra. Hemos hablado a la ligera de los fenómenos en cuestión, entre otras razones, porque daría lugar a largas polémicas. Tales fenómenos pertenecen más bien al campo de las Investigaciones Psíquicas que al de la Psicología, teniendo en cuenta sobre todo el presente estado de conocimiento del asunto. Son muchos los libros que se han escrito durante la pasada década dedicados a las investigaciones psíquicas y a ellos puede acudir el lector que desee más amplias explicaciones sobre el asunto.

Antes de abandonar esta fase del mismo, haremos, no obstante, mención de nuestras propias ideas acerca de él, reproduciendo lo que hemos dicho en otro libro de esta serie:

“Aludimos a la posesión de ciertas formas inferiores de un inusitado poder psíquico por ciertas personas, que carecen de los elementos de los llamados “elevados poderes”, pero que está fuera de las ordinarias formas de impresiones sensoriales, siendo llamadas por algunos esas fases del fenómeno, “facultades psíquicas inferiores”.

Las personas que poseen esos poderes, distan mucho de presentar grandes cualidades espirituales, mentales o morales y el hecho ha dejado sorprendidos y perplejos a muchos investigadores. Esta clase de fenómenos difieren materialmente de los de la superconscientividad y evidentemente pertenecen a una región inferior; pero, ¿a qué región? Seguramente, no a la de la conscientividad; y si la subconscientividad es meramente un recuerdo de las impresiones raciales o de las experiencias individuales, ¿cómo podemos clasificar ese fenómeno? Nosotros hemos pensado si tales actividades “psíquicas inferiores” podrían ser la supervivencia de antiguas facultades ejercidas por la raza, abandonadas en el curso de la evolución y sólo halladas al presente en algunas personas como un vestigio.

Esta opinión se encuentra corroborada en el estudio de las actividades mentales de los animales inferiores y de ciertas razas humanas primitivas, pues en ambos encontramos evidencias de “sensación” que difieren de las manifestadas por el hombre. Los animales y las razas inferiores tienen un sentido de olfato casi anormal para el hombre civilizado, y esos pueden, y parecen haber sido, otros medios de “sentir” los objetos.

Si esto es cierto, cada uno de nosotros debe tener algún recuerdo de esas desaparecidas facultades en nuestra subconsciencia, que se manifiestan en algunos casos a instancias de un extraño “despertar” y que se clasifican como fenómenos “psíquicos inferiores” para distinguirlos de los fenómenos “psíquicos elevados”, que pertenecen al genio, intuición, espiritualidad, etc.

No insistiremos sobre esta teoría, que es meramente una conjetura. De todos modos, puede ser una puerta abierta para el estudio de la psicología anormal.

CAPÍTULO XII

LA SUPERCONSCIENCIA

La región superconsciente es superior a la consciente, así como la subconsciencia es inferior a ella. – El misterio de nuestra existencia es ilimitado. – La felicidad del hombre puede ser obtenida por la inconsciencia. – En el fondo de todo lo creado existe una estrecha unión. – Influencia del alma en el dominio del hombre.

Hemos visto que en las regiones infraconscientes mentales existen ciertas actividades que parecen quedar fuera de las que pertenecen estrictamente a la subconsciencia, actividades que no pueden ser consideradas como el resultado de pasadas experiencias radicales o individuales y que, sin embargo, no podemos comprender tampoco en la categoría de actualidades paralelas, como hemos clasificado a las psíquicas. En resumen, esas actividades parecen más bien pertenecer a una elevada que a una inferior región paralela de la conscientividad. Desde hace muchas centurias, los orientales han reconocido y clasificado esas actividades como pertenecientes a la región superconsciente de mentación, cuya región está por encima de la de la conscientividad, del mismo modo que está debajo al subconsciente y paralelo al psíquico. La región superconsciente es, pues, una región superior a la consciente, así como la subconsciente es inferior a ella.

Que la mente del hombre contiene posibilidades de actividades no desenvueltas generalmente en su actual situación, ha sido reconocido por muchos escritores, y no de ahora, sino desde hace tiempo.

Isaac Taylor dice:

“Quizá dentro del campo ocupado por el universo visible y ponderable, existe y se mueve otro elemento con otras especies de vida, corpóreas, verdaderas y variadas en sus órdenes; pero que están al alcance del conocimiento de los que están confinados a las condiciones de la organización animal... “Se puede pensar que la vista humana sea capaz de abarcar todo el poder del Creador, y que no ha creado nada que no sea perceptible por nuestros sentidos? Lo contrario parece más lógico, ¿por qué no hemos de pensar que es cierto?”

Masson dice:

“Si se añadiera un nuevo sentido o dos al número normal de los que posee el hombre, ¿hasta qué límite se ampliaría su percepción? ¿Qué revelación tan sorprendente se harían los nuevos sentidos?...”

Barret ha dicho:

“El misterio de nuestra existencia no se limita al sutil proceso psicológico que tenemos en común con toda la vida animal. Hay otros poderes más elevados y capaces que actúan sobre nuestra personalidad y que actúan por medio de la consciencia, de la voluntad o de la razón. Se trata de supernormales y transcendentales poderes de los que al presente sólo tenemos algún vislumbre; y más allá de lo supernormal, se encuentran los insondables abismos, el asiento inmortal del alma, la última realidad de nuestra consciencia es la reflexión o ardiente percepción. No me propongo abordar tan elevados temas, al menos en toda su amplitud, porque están más allá de la humana investigación; no es posible dar una adecuada concepción de esas misteriosas regiones de nuestra compleja personalidad; actualmente el asunto empieza a ser vislumbrado por la ciencia.”

El doctor Murray manifiesta:

“Profundizar lo que el alma con su conciencia puede ser, la semejanza del espíritu con Dios; profundizar sobre el alcance de la vida, son cosas que no nos pertenecen.”

Schofield dice:

“Así nosotros podemos decir que la mente no sólo incluye lo visible o parte consciente, y lo que hemos llamado subconsciente...sino también la superconscientividad mental que yace en las regiones del alma y de la vida espiritual, de la que sólo tenemos una vaga noción, pero cuya existencia es indiscutible, como las verdades eternas... la mente recorre todo el camino, y mientras de un lado es inspirada por la Omnipotencia, por el otro proporciona energías al cuerpo. Podríamos llamar a la mente supraconsciente la esfera de la vida espiritual, a la subconsciencia la esfera de la vida física, y a la consciencia la región media entre ambas.”

El Espíritu de Dios vive en los creyentes, y, sin embargo, como hemos visto, Su Presencia no es causa de conocimiento directo. Nosotros quisiéramos incluir, no obstante, en la superconsciencia, aquellas ideas espirituales, junto con la consciencia (La voz de Dios como la llama Max Muller), que es seguramente una facultad semiconsciente. Además, la supraconsciencia, igual que la subconsciencia, es mejor comprendida, como hemos dicho, cuando la conciencia no está en actividad. Las visiones, meditaciones, plegarias y otros ensueños han dado lugar, indudablemente, a revelaciones espirituales y podrían aducirse muchos ejemplos, prueba de los trabajos del Espíritu, independientemente de la acción de la razón o de la mente. La mente, en apariencia, es un conjunto en inconsciente estado, porque es un centro de registro, excluyendo las superiores e inferiores manifestaciones espirituales, que son completamente iluminadas en varios grados por la conscientividad.”

La misma autoridad reproduce, aprobándolo, el pensamiento de otros escritores que dicen;

“Existen algunas operaciones en nosotros que trascienden los límites de las ordinarias facultades de conocimiento y que sin embargo permanecen, no bajo el umbral, sino más bien encima del horizonte de nuestra conscientividad.”

Ladd, que es completamente conservador, dice:

“Un pensamiento en cada problema encuentra la verdad que se manifiesta desde las más ocultas profundidades; aparecen presentados a la conscientividad por los actos de la inconsciencia. Del mismo modo ocurre con los más grandes inventos, con las raras obras de arte perfectas... que pasan de lo inconsciente a lo consciente. Las actividades inconscientes de nuestra mente se manifiestan por los resultados en la consciencia que siguen al estado de conscientividad. Para el asesor de muchos de nuestros más brillantes e imprevistos actos, es indudable que no recurrimos a la conscientividad.”

Von Hartmann dice:

“La inconsciencia guía frecuentemente a la mente por vislumbres y sentimientos que no podrían desarrollarse por el pensamiento consciente. La inconsciencia se adelanta a la consciencia en el proceso del pensamiento por sus inspiraciones y es un guía místico de la humanidad en el presentimiento de las elevadas unidades suprasensibles. La inconsciencia hace la felicidad del hombre por el sentimiento de lo bello y de lo artístico. Si nosotros instituímos una comparación entre lo consciente y lo inconsciente, es obvio que reservaremos la mejor parte a la inconsciencia, muchas de cuyas actividades son inaccesibles a la consciencia.”

El mismo escritor agrega:

“El que la inconsciencia pueda rápidamente exceder a las representaciones de la razón consciente, es cosa que hemos visto en algunas afortunadas naturalezas que poseen lo que a los demás ha costado tantos esfuerzos: no es posible, pues, la lucha entre consciencia y la inconsciencia, porque ambas se completan; pero toda la ventaja está de parte de la última. Así, esas personas, luchan sin darse cuenta de ello, y obran siempre correcta y espontáneamente sólo con obedecer a sus sentimientos; el tacto, el instinto, les preserva de incurrir en desaciertos, y sin embargo, no han recibido ninguna enseñanza en este sentido. Tales cualidades se encuentran preferentemente en las mujeres. ¿Quiere esto decir que siempre nos dejaremos guiar por lo inconsciente? Sería peligrosa tal cosa; algo así como si anduviésemos por la obscuridad sin una mala linterna del bolsillo; en una palabra, de la inconsciencia puede salir la chispa o la inspiración de un acto, pero la consciencia debe imponer su criterio. La consciencia es un fiel sirviente que puede ser siempre compelido a obedecer; la inconsciencia es un duende caprichoso que unas veces nos puede inclinar al bien y otras al mal. Yo puedo enorgullecerme del trabajo consciente, como de mi propia obra, como del fruto de mi propio esfuerzo; el fruto de la inconsciencia es como una dádiva de los dioses, no depende, pues de nosotros, y sólo nos toca aprovechar su fuerza con sentido común.”

Podría observarse que en el fenómeno de la superconsciencia existe siempre la impresión e idea de la llamarada de pensamiento o sentimiento que viene de *arriba*, de algunas de las partes más elevadas de nuestra propia mente, que es un reflejo de la Mente

Universal. Existe siempre esta impresión o sensación del pensamiento que viene de *arriba*, aunque podamos diferir materialmente en nuestras teorías de lo que este *arriba* significa.

De este *arriba* viene la inspiración del artista, del poeta, escritor, escultor, e incluso de hombres de ciencia. Los oradores, predicadores y actores reciben también sus ideas del mismo lugar. La inspiración y la intuición son siempre marcadas por este sentimiento de la mente consciente, o campo de la conscientividad, que existe por *debajo* de la fuente de inspiración o de intuición, pero nunca por *encima*. Tan impreso está esto sobre la mente humana que involuntariamente fijamos los ojos y levantamos la cabeza cuando hablamos de alguna experiencia de este género.

Es fácil ver a los hombres levantar la vista hacia el espacio cuando hablan de religión o de otras cosas espirituales. Y es que en todas existe la idea, que viene a ser intuitiva, de que esas exaltadas fases de la mentación pertenecen a la región superior de la mente. Quizá una pequeña consideración bastará para demostrar lo que decimos.

En el primer volumen de esta serie decíamos hablando de lo Superconsciente¹:

“Primeramente, en lugar de ser la gran memoria, o depósito de las impresiones del pasado como la subconsciencia, la superconsciencia del individuo es la *posibilidad latente* del hombre futuro o superhombre. Y los efluvios de esta región que ocasionalmente recorrer el campo de la conscientividad son prácticamente las *profecías del futuro de la raza*. Esto que es ahora la región superconsciente de la raza será algún día la región ordinaria de la cotidiana mentación de razas más avanzadas. La superconsciencia es la consciencia del individuo de la raza futura, donde están depositadas las facultades latentes y actividades mentales de una elevada raza de seres. A ciertos favorecidos de la raza presente, que gozan del privilegio de recibir algunos resplandores de esa elevada región de la mente, les llamamos *genios*. En cada hombre existe como un gran depósito reservado al futuro desarrollo mental, que conocemos o no, pero cuyos efectos notamos. Del mismo modo que el roble vive latente en el interior de la bellota, Shakespeare, Newton, Darwin o Spencer son ejemplos de las generaciones futuras que se han anticipado a las suyas correspondientes, y en ellos, como en otros semejantes, se advierten algunas de las cualidades de lo superconsciente. Y cuando esos efluvios o llamaradas pasan al dominio de la conscientividad, podemos reconocer que siempre vienen de *arriba*, nunca de *abajo*.

“La evolución mental de la raza no es una materia de crecimiento en el sentido de adición, sino que está en la naturaleza de un *desenvolvimiento* de las cualidades, facultades y poderes latentes mentales, o quizá el desenvolvimiento en la expresión de algunos inherentes poderes o cualidades del Ego. Y cada grado es indudablemente un desenvolvimiento, una revelación de algo que ha estado oculto a la vista y a la expresión. El hombre actual se desenvuelve lenta y laboriosamente, pero seguramente y cada día adelanta en las actividades de su estado mental. El crecimiento mental se ve compelido constantemente por el trabajo que ejerce presión hacia los elevados y grandes pensamientos.”

¹ ¡Conócete! (Curso de Psicología utilitaria)

Pero, si puede ser impelido, no es para retroceder nunca, como tampoco es posible la *evolución* sin una previa *involución*. Toda *evolución* debe pasar primero por la *involución*.

El algo no puede nunca proceder de la nada a menos que por la nada queramos significar lo que tiene una existencia latente. La explicación del proceso involutivo puede encontrarse en la psicología, en sus relaciones con la metafísica, y por ahora no entraremos en él. Sin embargo, probablemente necesitaremos más adelante llamar la atención del lector sobre la situación del sujeto, cuando demos la concepción filosófica de la Mente Universal o Alma del Mundo, en que las mentes universales, o almas, son centros de actividad o unidades de expresión. Si concedemos esto, entonces vemos que es posible para la mente el desenvolvimiento de los poderes y cualidades latentes, que trascienden a la experiencia racial e individual, porque en este caso la latencia podría residir en la Mente Universal y ser entonces una fuente ilimitada para los trascendentes poderes y cualidades. Veamos lo que han dicho algunos filósofos y escritores acerca de la Fuente Única del poder mental, esto es de la Mente Trascendente.

→
→
→
→

La Filosofía Oriental la expresa Srrami Vivekananda en el siguiente pasaje:

“...La separación entre hombre y hombres, hombres y mujeres, hombres y niños, nación y nación, tierra y luna, luna y sol, esta separación entre átomo y átomo, es la causa de toda miseria, y el Vedanta dice que esta separación no existe, que no es real. Es solo aparente y superficial. En el corazón de las cosas existe una estrecha unión. Si penetramos en el interior encontraremos la unidad entre hombre y hombres, mujeres y niños, razas y razas, superiores e inferiores, ricos y pobres, dioses y hombres: todos son Uno, lo mismo las cosas, que las personas y los animales, y esto no es una ilusión... ¿Cómo nos podemos engañar? El que nos rige conoce la realidad y el secreto de cada cosa. ¿Dónde está, pues, la causa de nuestra miseria? ¿Cuál es nuestro deseo? La Unidad ha trazado la realidad de cada uno con relación a Dios, que es centro, que es la Unidad de cada uno, la Eterna Bienaventuranza, el Eterno Conocimiento, la Eterna Existencia....

“En el Centro, no se conocen las lágrimas ni la pesadumbre... El ha penetrado en cada cosa... Cuando se haya visto el hombre a sí mismo como Uno con la existencia infinita del Universo, cuando toda separación haya cesado, cuando todos los hombres, todas las mujeres, todos los ángeles, todos los dioses, todas las plantas, todos los animales se hayan confundido en la Unidad toda idea del miedo habrá desaparecido. Porque ¿de quién temeremos? ¿Puedo yo hacerme daño a mí mismo? ¿Puedo matarme a mí mismo? ¿Puedo ofenderme a mí mismo? Entonces desaparecerá toda pesadumbre. ¿Quién podrá causarme pesadumbre? Mi existencia es la misma del Universo.

Entonces desaparecerán los celos. ¿De quién podríamos tener celos? ¿De mí mismo? Entonces desaparecerán todos los malos sentimientos. ¿Contra quién los íbamos a tener? ¿Contra nosotros mismos? El Universo es para todos y, por lo tanto, para mí es:

Matemos nuestras diferencias, matemos nuestras supersticiones, que son muchas, y entonces seremos felices.”

La Filosofía Occidental ha sido bellamente expresada por Emerson en su maravilloso ensayo *The Oversont*, del cual reproducimos lo siguiente:

“La filosofía del Siglo XVI no ha sabido buscar entre los recónditos pliegues del alma. En sus experimentos se ha detenido siempre en el último análisis, quedando un residuo que nunca resuelve. El hombre es como una corriente cuya fuente está oculta. Nuestra existencia desciende siempre de un punto que no conocemos. El más exacto calculador verá frustradas sus hipótesis cuando de este se trate. Yo, por mi parte, me veo obligado a cada momento a reconocer el elevado origen de todos los acontecimientos que intervienen en mi vida. Y lo mismo es para los acontecimientos que para los pensamientos. No sólo no conocemos el origen, sino que apenas vislumbramos muchas de las regiones que visita, y tampoco sabemos a dónde va a desembarcar; hemos de asistir a su curso como meros espectadores, y como actores a la vez, porque en nosotros está el origen y el fin. El Supremo Crítico de todos los errores del pasado y del presente, y el único profeta que puede existir, nos sujeta a la tierra con sus suaves brazos etéreos; es la Unidad, la Super Alma contenida en la existencia particular de cada hombre, y hecho uno con lo demás; el común afecto de que toda sincera conversación es una adoración, de que toda recta acción es una sumisión; de que todos nuestros engaños y habilidades son refutados por algo que está por encima de nosotros... Vivimos de una sucesión, en división, en partes, en particular. En el intervalo, el hombre es el alma del conjunto: el sabio silencio; la belleza universal; la exacta relación entre partes y partículas; la Eterna *Unidad*... Nosotros vemos el mundo pieza por pieza, como el sol, la luna, el reino animal, los árboles; pero el conjunto, del que aquéllos son sus partes visibles, es el alma...

“Las palabras de un hombre que hable de la vida sana son vanas comparadas con el mismo pensamiento que quieren expresar. No me atrevo a hablar de ello. Mis palabras no podrían expresar su augusto sentido; habrían de resultar inexpresivas y frías. Sólo uno mismo puede inspirarse y contemplarse y sus palabras podrán ser líricas y suaves y universales como si las condujese el viento.

“Todo demuestra que el alma del hombre no es un órgano; que no es una función como el poder de la memoria, del cálculo, de la comparación; no es una facultad, sino una luz; no es el intelecto ni la voluntad, sino el dueño del intelecto y de la voluntad; es el vasto fondo de nuestra existencia, en que todos yacemos, una inmensidad no poseída y que tampoco puede ser poseída. Desde dentro o desde fuera, una luz que brilla sobre nuestros pensamientos, aun cuando nosotros no nos demos cuenta siempre. Lo que comúnmente llamamos hombre... no puede representarse a sí mismo sino a medias. El no puede, pero el alma, cuyo órgano es, puede manifestárselo a través de su acción. Cuando alienta a través del intelecto, el hombre que la posee es un genio; cuando alienta a través de la voluntad, se convierte en virtud, cuando a través del afecto, en amor. Y la ceguedad del intelecto empieza cuando quiere ser algo más que eso. Y la debilidad de la voluntad empieza cuando el individuo quiere ser un esclavo de ella.

“La soberanía de esta naturaleza de la cual hablamos es conocida por su independencia de esas limitaciones que circunscriben todos nuestros demás actos. El alma circunscribe todas las cosas. Contradice toda experiencia.

Del mismo modo abole el tiempo y el espacio. La influencia de los sentidos es más dominante en un hombre que la de la mente; pero no son estas cosas apreciables, como no lo son los muros del tiempo y del espacio; al que nos hablase de esos límites le tomaríamos por loco. Y sin embargo, el tiempo y el espacio son inversas medidas de la fuerza del alma. El hombre es capaz de abolir uno y otro. El espíritu juega con el tiempo: “Puede amontonar la eternidad en una hora, condensar una hora en la eternidad”..., El énfasis de hechos y personas no repercute en el alma ni en el tiempo. Y así siempre la escala del alma es una; la escala de los sentidos y del conocimiento es otra. Más allá de las grandes revelaciones del alma, el Tiempo, el Espacio y la Naturaleza retroceden... El alma mira con firmeza hacia adelante, crea siempre un mundo más allá, deja otro atrás. No tiene fechas, ni ritos, ni personas, ni especialidades, ni hombres. El alma sólo conoce al alma.; todo lo demás es ocioso para sus fines... El mismo sentimiento es aplicable al germen del crecimiento intelectual, que obedece a la misma ley... Para los que viven en esta beatitud moral han sido anticipados ya esos poderes especiales que el hombre aprecia en tanto... el corazón que se abandona a la Suprema Mente se encuentra a sí mismo relacionado con todos sus trabajos y puede recorrer un camino real de particulares poderes y conocimientos. Ascendiendo a este primero y original sentimiento, podemos pasar instantáneamente desde la remota estación de la circunferencia al centro del mundo.... podríamos ver las causas y anticiparnos al universo, que es sólo un tardío efecto.

Esta comunicación es un influjo de la Divina Mente en nuestra mente. Es un reflujó del riachuelo individual que fluye levantándose del mar de la vida. Cada distinta aprehensión de este poder central agita al hombre con pavor y deleite a la vez. Un estremecimiento pasa a través de todo hombre a la recepción de la nueva verdad, o a la representación de una gran acción, que viene a nosotros desde el corazón de la naturaleza. En esas comunicaciones, el poder de ver no está separado de la voluntad de hacer, pues el conocimiento procede de la obediencia y la obediencia procede una alegre percepción.. Cada uno de los momentos en que el individuo se siente invadido por él, es memorable. Siempre, creo, por la necesidad de nuestra constitución, nos invade un cierto entusiasmo ante la consciencia de la divina presencia. El carácter y duración de este entusiasmo varía con el estado del individuo, desde el éxtasis, arrobamiento e inspiración profética, que aparecen raramente, hasta el encendido sentimiento de la virtuosa emoción, en sus ardientes formas, igual que el fuego de nuestros hogares, que invade a las familias y asociaciones de hombres y hace posibles todas las sociedades...

Los arrobamientos de Sócrates; la armonía de Plotino; la visión de Profirio; la conversión de San Pablo; la aurora de Behmen; las convulsiones de Jorge Fox y sus cuáqueros; el estado iluminado de Swedenborg, todo es lo mismo. Que el caso de esas notables personas sea un arrebató o no, existen en numerosos ejemplos en la vida común manifestados de un modo menos sorprendente. En todas partes la historia de la religión descubre una tendencia al entusiasmo. Los raptos de los moravios y los quietistas; la apertura del sentido interno del mundo, en el lenguaje de la Nueva Iglesia de Jerusalén; la resurrección de la Iglesia Calvinista; las experiencias de los metodistas son varias formas

del estrechamiento y del deleite con que el alma individual se confunde siempre con el alma universal. La naturaleza de esas revelaciones es siempre la misma; son percepciones de la ley absoluta. Son soluciones de las propias cuestiones del alma. No puede contestar a las preguntas que el conocimiento la dirige. El alma no contesta nunca por palabras.

“Los pensamientos vienen a nuestra mente a través de los caminos que les dejamos abiertos y los pensamientos huyen de nuestra mente por los caminos que nosotros mismos les abrimos...”

“... La gran distinción entre profesores sagrados o literarios; entre poetas como Herbert y poetas como Pope; entre filósofos como Spinoza, Kant y Coleridge y filósofos como Locke, Paley, Macintosh y Stewart; entre los hombres de mundo que se cuentan como excelentes campeones y el ferviente místico que hace sus profecías arrebatadamente bajo la inmensidad de sus pensamientos, es que una clase de ellos habla *de dentro*, o por experiencia, como partes y poseedores del hecho; y la otra *de fuera*, como meros espectadores, o quizá como conocedores del hecho por una tercera persona... Jesús hablaba siempre de dentro y de tal modo, que trascendía a los demás. En esto radica el milagro...”

“...La misma Omnipotencia fluye en el interior del cerebro y forma lo que nosotros llamamos genios. Gran parte de la sabiduría del mundo no es sabiduría y no son seguramente escritores los hombres de inteligencia más cultivada. Entre la multitud de profesores y literatos no sentimos reverenciada su presencia; nosotros somos sensibles a la afectación y a la pedantería más bien que a la inspiración; la luz y el conocimiento que muestran no procede de sí propios; su talento es una cualidad exagerada, como un miembro demasiado desarrollado, así que su fuerza, es una enfermedad. En esos casos los dones intelectuales no producen el efecto de virtudes, sino más bien de vicio, y nosotros sentimos que el talento del hombre, para cultivarse, debe seguir la vía de la verdad. En cambio el genio es religioso. Es una amplia inhibición del común sentir. No es anómalo, sino sólo diferente de los demás hombres. Existe en todo gran poeta una sabiduría de humanidad que es superior a todos los talentos... Esta energía... llega a los humildes y sencillos, pero puede llegar igualmente a los soberbios; es conocimiento, es serenidad y grandeza. Cuando vemos a los que practican estas leyes, sentimos crecer nuestra admiración hacia su grandeza. La inspiración del hombre, cuando viene de dentro, tiene un tono diferente. No pretende hablar a los hombres según su opinión. El genio requiere la verdad y la sencillez... Dejad, pues, que el hombre enseñe la revelación de toda naturaleza y de todo pensamiento a su corazón; especialmente a éste que podrá comprenderlo mejor; las fuentes de la naturaleza están en nuestra propia mente, si existe el sentimiento de obediencia...”

“El alma se ofrece a sí misma, original y pura, al Solitario, Original y Puro, y entonces habla y enseña por conducto de él. Entonces se siente alegre, joven y ágil. No es sabio, pero ve a través de todas las cosas. No profesa una religión determinada, pero es creyente. Llama la luz a sí propio y comprende que la hierba crece sobre la tierra y la piedra cae por una ley inferior, y dependiente, a su naturaleza. He aquí, se dice, que yo he nacido a la grande, a la universalmente. Yo, el imperfecto, adoro mi propia perfección. Yo soy, de algún modo, el receptáculo de la Gran Alma y por ello puedo ser superior al sol y a las estrellas que, al fin y al cabo, son accidentes y efectos que cambian y pasan. Más y más

la oleada de la naturaleza eterna entre en mí, y yo parezco universal en mis miradas y acciones. Así puedo vivir en pensamientos y actuar con energías que son inmortales.”

Este ensayo de Emerson, del cual hemos reproducido lo que antecede, contiene quizá la más bella ilustración y ejemplo de la idea occidental de la Trascendente Unidad que se manifiesta en sí misma por la infinita variedad de formas, modelos y centros de energía en el universo. Y sobre esta concepción e idea general se han basado los varios profesores que se dedican al estudio de la Mente Subconsciente. Descansando sobre esta concepción de la Realidad Única se ha erigido el edificio del pensamiento, del cual el individuo es centro de vida, mente y actividad es el gran Océano de la Vida, y que en el curso de evolución se hace apto para manifestar, cada vez más, cualidades inherentes a ese Océano.

Quizás el más notable libro sobre este asunto, por lo menos en lo que concierne al mundo occidental, es el gran trabajo del Dr. Ricardo Mauricio Bucke, titulado *La Conciencia Cósmica*.

El Dr. Bucke establece que así como la vida se ha desarrollado de la sensación, del mismo modo ha ido evolucionando, desde las formas rudimentarias, lo que llamamos “simple consciencia”; luego ha venido la “auto-consciencia” en sus formas inferiores y superiores, y ésta, en su continuo trabajo de impulsión ha creado por fin ese completo plano de consciencia que se llama *Consciencia Cósmica* por cuyo término indicamos la consciencia de una grande, elevada y completa vida de la cual formamos parte; la Vida Universal de los indios o la Super Alma (Over-Soul) de Emerson –Bucke pretende que la consciencia puede ser desarrollada y manifestada completamente por la raza en las centurias venideras, y que ahora, aquí y allá, se encuentran algunos individuos que tienen momentos de consciencia, que reciben el efluvio de la Super Alma.

Establece también que las maravillosas religiones y místicas experiencias del pueblo, en el pasado y en el presente, en todos los lugares y entre todas las razas, son ejemplos de que la Consciencia Cósmica se aproxima continuamente a la raza.

El Profesor Guillermo James, en su libro titulado “Algunas variedades de la experiencias religiosas” relata cierto número de casos de desenvolvimiento consciente de ese Gran Algo del que somos una parte, un Algo como Kipling ha expresado:

“Tanto más cerca de lo que yo he creído, tanto más grande de lo que yo he juzgado...”

Bucke cita muchos ejemplos en su libro mencionado y las páginas de la Filosofía Mística están llenas de casos semejantes. La tentación de abordar por completo este asunto, es grande, pero debemos resistirla por ser extraña al objeto de este libro. Nosotros, como quiera que sea, estamos obligados, por lo menos, a decir algo.

En las teorías que se refieren a la Mente Universal, o Super Alma, hemos encontrado por lo menos una razonable explicación del fenómeno de la Superconsciencia, fenómeno que es causa de perplejidad para la psicología ortodoxa. Y es, cuando no otra

coas, digno de ser tomado en consideración o de emplearse como una hipótesis, mientras no se encuentre algo mejor. Es cierto que conduce más allá de los límites de la psicología ordinaria, que entra en el recinto de la filosofía y de la metafísica, si no es que llega a las sagradas regiones de la religión, pero estos linderos pueden desaparecer por la fuerza del pensamiento científico moderno, y Todo es verdaderamente considerado como Uno.

Ya lo ha dicho el Profesor Guillermo James:

“El pragmatismo tiene a *ahogar* nuestras teorías. La unidad del mundo ha sido generalmente afirmada sólo de un modo abstracto y de tal modo que todo el que quisiera inquirir sobre ella debiese ser un idiota. El carácter de los moseístas ha sido violento, casi como en la época de las conclusiones; y en esta tesitura no es fácil que una doctrina pueda ser objeto de razonables discusiones... El pluralismo, por otra parte, no ha necesitado de este dogmático y rigorístico temperamento. Suponiendo que concedáis *alguna* separación entre las cosas, algún estremecimiento de independencia, alguna libertad de representación entre unas partes y otras, alguna novedad real o probable, aunque sea pequeña..., pues bien, cuanto mayor sea la diferencia aparente entre las cosas, con más fuerza se sentirán atraídas hacia la unión...”

Ya veis, pues, que no es necesario ir al panteísmo, u otra “cosa terrible” por el estilo, para aceptar, al menos provisionalmente, la concepción de la Unidad en que los individuos son partes de partículas que evolucionan y si desenvuelven.

CAPÍTULO XIII

DESENVOLVIMIENTO DE LA SUPERCONSCIENCIA

La intuición desenvuelve las fases de las elevadas regiones de la mente. – Por medio de la Realización educamos nuestra mente. – Utilidad del Conocimiento Superconsciente.

Muchos escritores y profesores han tenido bastante que decir con respecto al desarrollo de la Superconsciencia. Nosotros sentimos que este término produce una impresión completa inexacta de la naturaleza de esta maravillosa región de la mente o alma, y consecuentemente una errónea idea acerca del proceso del despertar de sus actividades. La Superconsciencia no es una facultad susceptible de desarrollo, porque existe plenamente en nosotros y sólo espera el día en que será reconocida por completo.

Las mejores autoridades han comparado este proceso de pleno reconocimiento, realización y manifestación de las elevadas regiones de la mente, a un *desenvolvimiento*, por el estilo del desenvolvimiento de la rosa en el brote. En este brote, sin embargo, la forma externa es aparente y la real belleza del a trémula rosa se halla oculta por los pétalos protectores. Y así ocurre con la humana mente o alma. Sin embargo, en la mayoría de las personas es visible la expresión exterior y la existencia mental ha sido estrechamente encerrada, por lo que ha llegado a dudarse de ella. Pero en cada humana existencia se encuentran esas elevadas fases mentales y espirituales. Y el proceso de atracción hacia la manifestación es llamado con propiedad *desenvolvimiento*.

Las tres fases del desenvolvimiento de las elevadas regiones mentales son las siguientes:

- I. El Reconocimiento.
- II. La Realización.
- III. La Manifestación.

La primera fase, la del Reconocimiento, es la que ha sido ya experimentada por la mayoría de las personas que han sentido la llamarada del “genio” o superconsciente conocimiento. En algunos casos de un modo débil, y en otros con mayor plenitud, este reconocimiento es conocido. La persona empieza a reconocer la existencia de nuevas e insospechadas facultades o regiones mentales en él. Podrá llamar a esto *intuición*, o inspiración, o genio, o bien de otro modo, pero la causa fundamental del fenómeno para todos los que han estudiado la Nueva Psicología, es clara. Se trata de la Superconsciencia en el proceso de desenvolvimiento, esforzándose en obtener el reconocimiento de la mentalidad consciente del individuo.

La forma más común de este desenvolvimiento está en la manifestación de lo que comúnmente llamamos *intuición*.

Webster define la intuición como la “Directa aprehensión o conocimiento; inmediato conocimiento, como en la percepción o consecuencia, rápida y fácil vista o aprehensión.”

Otro escritor ha dicho:

“La intuición está por encima del campo de la consciencia y sus mensajes vienen, por lo tanto, de lo alto, bien que desconozcamos su proceso. La raza se desenvuelve gradualmente en el plano mental de la Intuición y algún día podrá pasar por completo al plano consciente. Mientras tanto, lanza llamaradas y relámpagos de las elevadas regiones. Muchas de las mejores cosas que poseemos provienen de esa región. El arte, la música, el amor a lo bello y a lo bueno, las más elevadas formas del amor, la misión espiritual, la percepción intuitiva de la verdad, etc., vienen de esa región. Esas cosas no son razonadas por el intelecto y parecen nacer de una región completamente desconocida.”

Todo el que desea ayudar al desenvolvimiento de la Superconsciencia, se esfuerza en llegar a su perfecto reconocimiento. Sólo por esta voluntad puede esperar recibir los mensajes de sus más elevadas regiones. A mayor suma de reconocimiento, mayor suma de respuesta. Esto está de acuerdo con la naturaleza y se manifiesta por mil medios distintos. Antes de que se pueda aprovechar cualquier poder físico o mental, se deberá primero reconocer la existencia de ese poder, porque de otro modo es como si no existiese. El indio habla de su estado mental como del “joven elegante que no conoce su propia fuerza”.

Muchas personas poseen este físico o mental poder o fuerza; pero nunca habían sospechado su existencia hasta que un momento u ocasión de gran necesidad les ha llevado al reconocimiento, al que ha seguido plenamente la realización y manifestación. Y este es el caso de la Superconsciencia. Antes de proceder, primero debe realizarse intelectualmente la existencia de las regiones mentales. El intelecto es algo obstinado en este respecto y se esfuerza en combatir contra las fantasías de los intrusos que penetran en sus dominios. Pero esto es un error, porque el conocimiento de la Superconsciencia no obra contrariamente a la razón o intelecto; lo que ocurre es que ha llegado más tarde. Después, el intelecto empieza a reconocer en la Superconsciencia aun hermano mayor, a un valioso y eficaz auxiliar. Y, una vez que la armonía se ha establecido, los dos trabajan juntos para el común bienestar del individuo.

El reconocimiento de la Superconsciencia, el primer paso en su desenvolvimiento, se realiza sencillamente desde que el intelecto deja de oponer resistencia a los intuitivos relámpagos de aquélla. Esto no quiere decir que el intelecto tenga que aceptar nada contrario a su propio raciocinio; bastará con que reciba agradablemente el auxilio de las facultades intuitivas. La Superconsciencia *centellea* un mensaje al intelecto, éste procede a la investigación y el primer paso está dado. El reconocimiento debe preceder a la realización y el reconocimiento es desarrollado por la *creación de bienestar* al recién venido, invitándole a tomar asiento alrededor de la mesa de los consejos de la mente. Cuando el intelecto vacila y esquiva al recién llegado, éste se retira y continúa viviendo aparte.

Como ha dicho un escritor hablando de esto:

“En las elevadas regiones de la mente están encerradas las intuitivas percepciones de toda verdad y el que pueda ganar el acceso a esas regiones conocerá todo lo que es intuitivo y como una materia de clara visión, sin necesidad de razonamientos ni explicaciones.” Alcanzar esto es ya Realización, mientras que la creencia en su posibilidad es Reconocimiento.

La Realización, el segundo escalón del desenvolvimiento, es algo superior al mero Reconocimiento, bien que aquélla proceda de éste. Es verdaderamente difícil describir la Realización. Realización significa “el estado de entrada o aproximación en la actual existencia o acción; la apreciación y vivificación en la mente”, etc. En una palabra, significa *hacer real*. En este segundo escalón o fase, el individuo no sólo reconoce individualmente la existencia de la Superconsciencia, sino que también entra en el *conocimiento* de la misma región de Superconsciencia. Y no sólo conoce que la Superconsciencia, *existe*, por mediación del intelecto, sino que también conoce que *existe* a causa de que ha entrado en su propia región de conocimiento o consciencia. Es casi imposible explicar aquello que no se ha experimentado, por lo menos en un débil grado. No se puede describir bien en los términos del pensamiento ordinario. Pertenece a los fenómenos mentales innominados e inclasificados que la antigua psicología se niega admitir.

Los antiguos místicos y ocultistas lo conocen bien y lo han descrito en los siguientes calurosos párrafos:

“Mirad la planta como florece en el silencio que sigue a la tempestad; no está muerta, retoñará por debajo de la tierra, echará ramas y hojas y formará botones mientras la tormenta se aleja. Pero hasta que la completa personalidad del hombre se haya disuelto y confundido, hasta que se haya establecido por el divino fragmento con que ha sido creado, hasta que el conjunto de la naturaleza, se haya producido, no se abrirá la flor. Entonces vendrá una calma semejante a la que se produce en las comarcas tropicales después de una violenta lluvia...”

“Y en el natural silencio podrá ocurrir todo lo que presagiamos. Llamadle por cualquier nombre y os responderá. Es una voz que habla cuando los demás callan; es el mensajero que llega, un mensajero sin forma o sustancia; es la flor del alma que se ha abierto. No puede ser descrito por ninguna metáfora. Pero puede ser sentido después, y visto cuando la tempestad haya pasado. El silencio puede durar un instante, o puede durar mil años. Pero se producirá por fin. Todos podéis hacer llegar su fuerza hasta vosotros. Y una vez y otra la batalla puede ser ganada y perdida. Es sólo por un intervalo que la naturaleza puede apaciguarse.”

Si es difícil describir la fase de Reconocimiento, ¿qué diremos de la fase final de Manifestación? Emerson en su ensayo “The Aversoul”, reproducido en el capítulo anterior, ha ingerido una idea de lo que la vida significa para el individuo que ha conseguido el reconocimiento y realización de las regiones superiores de la mente, y no podemos esperar

a describir tan bellamente ese estado. La verdadera causa, en sí, está realmente más allá del alcance y finalidad de la presente serie de obras sobre la Nueva Psicología, pero nos ha parecido conveniente tocarlo aunque fuese a la ligera a fin de que el estudiante interesado en ello pueda realizar la dirección de la idea y espíritu de nuevo movimiento o corriente de pensamiento. No podemos hablar de esas elevadas regiones como lo haríamos de las facultades de la mente consciente, a causa de que el asunto no ha llegado aún al estado de investigación científica y sólo ahora comienza a llamar la atención de las autoridades en la materia. Actualmente, lo podríamos comparar a una débil luz entre el conocimiento científico y la creencia ferviente y es más propio para ser tratado en poéticas imágenes y en términos místicos, que no en palabras corrientes.

De acuerdo con esto, nos parece más adecuado cerrar estas consideraciones con un versículo de Tennyson que demuestra plenamente haber hecho una completa realización y una parcial manifestación del Conocimiento Superconsciente.

Dice así:

“Y más, hijo mío, más aún, cuando siento rebelarse en mí mismo, la palabra que es el símbolo de mi propio ser, el símbolo mortal cuando el alma se desprende del cuerpo y pasa a lo inanimado, como una nube fundida en lo Elevado. Yo he tocado mis miembros y me han producido un extraño efecto, como si no fuesen míos, y sin embargo, no se manifiesta aquí la duda, sino la claridad, y a través de la destrucción del Yo, obtenemos una amplia vida, como los rayos del sol, una vida que no se puede expresar en palabras, pero que se manifiesta por sí misma.”